

Teo 1-84-17.c

PAZ, Tomás Manuel de

Al noble su sangre aviso.

Comedia 3 jornadas.

32 p

COMEDIA FAMOSA.

7-85

AL NOBLE SU SANGRE AVISA.

DEL MAESTRO THOMAS MANUEL
de Paz.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Alexandro, Rey.

Carlos, Galán.

Astolfo, viejo.

Federico, viejo.



Aurelio, Conde.

Diana, Duquesa

de Mantua.

Estrella, Dama.



Flora, Criada.

Aliso, Criado.

Pilon, Gracioso.

Musica, y Acompañamiento.



JORNADA PRIMERA.

Salen Astolfo, vestido de pieles, con barba blanca, y Federico, de villano tambien con barba, que será entrecana.

Fed. YA, Astolfo, y señor, que el Cielo,
para alivio de mis penas,
ha permitido te hallasse
al tiempo que en la maleza,
para mi formè sepulcro,
aun donde el Sol no me vea:
Ya, pues, que de tus fortunas,
à pesar de la tristeza,
me diste noticia, haciendo
teatro de tus tragedias:
Y yà, pues, que de tu alvergue,
sin saber à quien hospedas,
con cariño, y con valor,
dueño permites que sea:
Y yà que tengo entendido
me mandas, que te refiera

la causa de mi retiro,
en la margen lisonjera
descansa de aquella fuente,
mientras que yo de mis penas
te doy noticia, si acaso
los rigores de mi estrella
no quitan, por mas tormento,
el movimiento à la lengua.

Astolf. Solo con essa esperanza
he divertido la quexa,
que tan justamente tengo
del silencio à que te entregas,
pues quando recien llegado
no bastò el traje que ostentas
à conocer, que sin duda,
ò es vana toda mi ciencia,
ò encubres un alma noble
entre rustica corteza:
Por cuya causa, llevado
del aprecio de tus prendas,

A

no



no pude dissimular
de mis tortunas deshechas,
tras veinte años de silencio,
el darte noticia dellas:
y aviendo de tus suspiros
congeturado en mi idea
ser extraño tu suceso,
te pedí me le dixeras
varias veces; pero tu,
por esas nevadas hebras
de plata, en critales dabas
mudamente la respuesta:
con lo qual, juzgando aver
hallado quien divirtiera
el peso de mis desdichas,
en mi suerte tan adversa,
que tu pena, Alberto amigo,
hace crecer mas mi pena.
Mas yá que determinado
estás à decirlo, alienta,
que es Astolfo quien te escucha,
que aunque para sus tormentas
no ha avido humano remedio,
puede ser que de manera
sean las tuyas, que se alcance
aun mas de lo que desees.

Sientase Astolfo.

Yá estoy sentado, prosigue,
que si no miente mi ciencia, *ap.*
del prodigio de tu hitoria
tendrá fin mi suerte adversa,
como me avisan los Altros.

Fed. Deme quien soy fortaleza:
Nápoles: (aun no he empezado,
y yá siento que flaquea)
Nápoles, pues, Noble Astolfo,
que de su Reyno Cabeza
es (maravilla del mundo)
fue la parte donde ordenan
los Cielos que recibiese
la mas illustre nobleza,
que del Rey abaxo vieron
de su Rey de Armas las letras.
Nací, pues, su Condestable::

Astolf. Valgame el Cielo. *ap.*

Fed. Aquí empieza
con mas atencion à oirme,
suplicandote, que adviertas,
que mi nombre es Federico,

que mudarle fue advertencia,
que ya tendrás conocida:
Fui de mi Reyno la Estrella
mas inmediata del Sol,
pues siempre del Rey tan cerca
estuve, que me ilustraban
los rayos de su grandeza.
Tan querido de Rodolfo
me hallaba, que fue cautela
tal vez no admitir favores,
por no dár correspondencia.
Un Argos fui de su gulto,
y el Rey del mio lo era:
(mira qué haria un Vassallo
leal con tanta fineza!)
Cargò el peso del gobierno
sobre mis hombros: (quisiera
decirte, que su fatiga
siempre à mi amor fue ligera)
Siendo el Rey mozo, dexò
à mi eleccion, que eligiera
la consorte à su persona:
hallòla mi diligencia
en Parma, cuya hermosura
fue à Rodolfo tan accepta,
que con su gulto, y del Reyno,
me parti por su Duquesa.
Entrè en Parma, (ay de mi, triste!)
recibieronme con fieltas,
desposème con poderes,
y la jornada dispuelta
para Nápoles, escucho
en una inmediata pieza
de donde la Reyna estaba,
con dolor, y con prudencia
de una dama el tierno llanto.
Seguì el acento, y las quejas:
(que fueron à mis oidos
el canto de las Sirenas)
Hallè à Violante: (perdona,
que aquí un rato me detenga,
que como la ví llorar,
y como fue la primera,
que por las puertas del alma
robò todas mis potencias,
tambien aquí su memoria
casi me despoja de ellas)
Era de la Reyna prima,
y viado como la dexa,

y que fin ella se parte,
 lloraba por ir con ella.
 Supliquéla que la lleve;
 aceptò preito su Alteza,
 que el amor, à poco ruego,
 concede lo que desea.
 Parto à Napoles gozoso,
 y con poca diligencia
 hallè en violante cariño;
 mas no me espanto, que era
 Federico en aquel tiempo,
 en la gala, y gentileza,
 el Adonis de su Reyno:
 (què comparacion tan necia!)
 con el amor me olvidè
 de la passada sobervia.
 Y por abreviar te digo,
 que me desposè con ella
 en secreto por entonces:
 que quando se unen Eitrellas,
 ni ay plazo que no se alargue,
 ni ay ocasion que lo sea.
 Hallòse la Reyna en cinta,
 y al mismo tiempo mi prenda;
 y estando para sacarla
 trazando varias cautelas,
 llevò el Rey à Mirafior,
 Aldèa mia, à la Reyna,
 para que en varios Jardines
 de su gutto se divierta:
 por lo qual tambien Violante
 la fue forzoso ir con ella:
 y porque admireis, Altolfo,
 lo que los Cielos ordenan,
 cogiò en una noche el parto
 à mi esposa, y à la Reyna.
 Fueron hijos los dos partos,
 fingiòse mi dueño enferma:
 (ocasion que nos valiò
 el logro que se desea)
 Gustoso el Rey del fucesso,
 daba ocasion que tuviera
 el aliento de mi dicha,
 igual la correspondencia,
 passando mi propio afecto,
 para con èl, por fineza.
 Pero viendo que el Infante
 el dulce alimento dexa,
 con peligro de la vida,

cabriò à todos de tristeza,
 y de sentimiento el Rey,
 diò señales, que pulieran
 (à passar mas adelante)
 à la suya en contingencia.
 Viendole casi rendido,
 discurro como pudiera
 remediar tan grave daño:
 y propusome la idèa
 el remedio, y fin hacer
 segundo acuerdo en su audiencia,
 aquella noche quitè,
 con secreto, y con cautela,
 el hijo del Rey, mortal,
 y el mio, cuya belleza
 me llevaba el corazon,
 dexè entre las reales telas,
 llevando el casi difunto
 al ama, fin que lo sienta:
 (porque conozcas, Altolfo,
 lo que un afecto despeña)
 Aun no los rayos del Sol
 de su luz nos daban señas,
 quando juzgandose el Rey
 fin alma, vida, y potencias,
 oyò la nueva dichosa,
 fin saber cosa tan nueva;
 al mismo tiempo que yo,
 pesaroso de la empresa,
 al ama entro à vèr del mio,
 y juzgando de hallar muerta
 à la causà de mi muerte,
 gozaba del dulce nectar,
 fin hallarse aver tenido
 accidente en su flaqueza.
 Diò el Rey la buelta à la Corte,
 y tan preito diò la buelta,
 que no pude deshacer
 el daño que me atormenta;
 porque llevando gozoso
 à mi hijo, y à la Reyna,
 no tuve mas ocasion:
 Y asì, señor, me fue fuerza
 criar por mio el Infante,
 fin hallar modo, ò manera
 de defatar este engaño;
 y porque mi inadvertencia
 tuviesse el dolor cumplido,
 mi esposa murió en la Aldea

de sobreparto, y quedò,
 dissimulando la pena,
 criando à Carlos, de modo,
 que no echàra su inocencia
 menos los Reales cariños,
 enseñanzas, y asilencias.
 Saliò galàn por extremo,
 cada accion ponìa una flecha,
 que el corazon me passaba,
 porque la naturaleza
 no pudo fabricar hombre
 de virtudes tan excelsas
 para la Corona: y esto
 me traia de manera,
 que solo el dissimularlo,
 era batalla sangrienta,
 que la templaba la vida
 de Alexandro, que esse era
 el nombre que el Rey le diò
 à mi hijo: y aqui es fuerza
 no pintar su gallardia,
 que puede ser que la lengua,
 de la passion ayudada,
 diga mas de lo que intenta.
 Corriò el tiempo, halta que el Rey
 casar à Alexandro ordena
 con la Duquesa de Mantua;
 vine, señor, à su tierra,
 capitulè el casamiento,
 y mirando à mi conciencia
 el daño que la cercaba,
 quise, à pesar de mi afrenta,
 antes passar por culpado,
 que no encubrir tanta ofensa.
 Y aviendo dado el retrato
 de Carlos à la Duquesa,
 tuve modo de fingir,
 que en una caza de fieras,
 una me quitò la vida,
 y de un criado de prendas
 fio la nueva, y papeles:
 Estos à Carlos los lleva,
 entre los quales dispuso
 un pliego mi providencia,
 sellado, para que al Rey
 le dè Carlos, quando sepa
 que soy muerto; y en la carta
 al Rey le doy larga cuenta
 de todo quanto has oido,

sin faltar en una letra,
 y con otras circunstancias
 tocantes à esta materia.
 Y aviendo dicho al criado
 en la parte que le espera
 mi persona, me retiro
 adonde nadie me vea,
 à llorar mi desventura,
 pues quiso mi suerte adversa,
 que naciesse una traycion
 de una imprudente fineza.
 Y assi, Altolfo, esta es la causa
 de mi trage, y mi tristeza,
 aunque en tan grande desdicha,
 dispone el Cielo que tenga
 compania en mis sucesos,
 y puerto en tanta tormenta.
Astolf. Admirado estoy del caso,
 mas no de modo que tenga
 imposible su remedio,
 que puede ser, quando vea
 el Rey la carta, remedie
 el dolor que te atormenta;
 y si no lo remediare,
 tiene el consuelo tu pena,
 aver causado este yerro
 del cariño la violencia.
 Y pues dixilte al criado
 el laberinto en que quedas,
 y quedò de darte aviso,
 fia de que quando buelva,
 de tu confuso cuidado
 te ha de traer feliz nueva.
 Yo si que soy desdichado;
 (ay dulce, y perdida prenda,
 blanco donde mi enemigo
 quebrò la furia sangrienta!)
 Vamos, Federico amigo,
 que ya de la quarta esfera
 dispara el globo de luces
 ardientes de fuego flechas;
 y para el calor, yà sabes
 que es mi etancia mas amena;
 ademàs, que puede ser
 que ayan de algunas Aldèas
 venido por medicinas,
 que les previene mi ciencia,
 arte que en mis mocedades
 me inclinò naturaleza,

Del Maestro Thomàs Manuel de Paz.

como ya te tengo dicho,
de que se sigue que tenga
fama en todo el Apenino,
y mi vejez conveniencias.

Fed. Vamos, Astolfo, y el Cielo
te pague tanta clemencia,
y le pido: *Astolf.* Què le pides?

Fed. Que halles la luz de tu estrella.
*Salen Alexandro, el Conde Aurelio,
y quatro Musicos.*

Musica. Coronado de trofeos
el Sol de Napoles sale,
el valeroso Alexandro,
y Napolitano Marte.
La frente Augusta ceñida
de victorias immortales
del Cetro, y de la Corona,
heredadas de su padre.
Liberal sus resplandores
à todo el mundo reparte,
que no es luz la que se tarda
un punto en comunicarse.

Alex. Cesse el metrico instrumento,
porque mi pena porfia,
y es lisonja su harmonia
al rigor de mi tormentos:
A no dar gusto condeno
à mi gusto, pues advierte,
que mi desdicha convierte
el antidoto en veneno.
No canteis mas, despejad,
que no se por què razon
atormenta el corazon
el Trono, y la Magestad.
Por què estoy triste apetezco
saber, y no hallò el por què;
y aunque padezco, no se
la razon por què padezco.
Procurara remediar
mi daño, si le supiera,
y es mi desdicha tan fiera,
quanto no poderle hallar.
Tiene su discurso en calma
esta tristeza vehemente,
pues al passo que la siente,
al mismo la ignora el alma.

Aur. Oy que de Napoles la bella
por Rey te viò coronar,
tanta pena has de moltrar?

Rey. No puedo vencer mi estrella,
Conde Aurelio, que el rigor,
que el regio triunfo deshace,
sin duda alguna que nace
de causa mas superior:
porque de buena razon,
viendome tan aplaudido,
tan estimado, y querido
del Reyno, mi corazon
mas gustoso avia de estar,
y es tanta la tyrania
de mi mal, que su alegria
aumenta mas mi pesar.

Aur. El saber no te dà aliento
que Federico ha llegado
à Mantua, y efectuado
con Diana el casamiento,
cuya admirable belleza,
dicen, que no tiene igual?

Rey. Ni aun esso alivia mi mal;
tal es, Conde, mi tristeza,
que aunque Federico tarda,
ni yo estoy enamorado,
ni padece mi cuidado
el mal del que amando aguarda.
Idos, y las alegrias
haced, Conde, suspender,
hatta hallar, si puede aver,
remedio à las penas mias:
y por si esta pena cessa,
à Velflor te partiràs,
que es del Conde, y detendràs,
quando llegue, à la Duquesa.
Procurala entretener,
mientras sollicito hallar
alivio en tanto pesar
en su casa de placer,
porque su grande belleza,
fiada en julto contento,
no es bien que un desabrimiento
halle, en lugar de fineza.
Y demàs à mas, advierte,
que no salga de Velflor
sin mi aviso, si el dolor
antes no me dà la muerte.
Y assimismo partiràs
luego al punto al Apenino,
y aquel ingenio divino
de Astolfo le pediràs,

que

que venga à ver mi persona,
y este achaque no entendido,
que le darè agradecido,
si le alcanza, mi Corona.
Traele con estimacion,
que segun yo lo deseo,
parece, Aurelio, que veo
libre por el mi passion.

Aur. Con el silencio, señor,
mi obediencia, y sentimiento
explico, que mi tormento
no halla lengua à tal dolor.

Vase, y sientase el Rey.

Rey. Ea, Alexandro, ya estàs
solo, y aqui en el silencio,
à mi de mi me pregunto
la causa por que padezco?
No soy Alexandro yo,
del Rey Rodulfo heredero?
pues si naci Rey, que puede
embarazarle à mi pecho?
Los Reynos que me dexò
mi padre, en paz no los tengo,
y en quietud? pues si es asì,
quien causa guerra à mi aliento?
Si mientras viviò mi padre,
con ser unico heredero,
no me tuvo voluntad,
por ser à su gusto opuesto,
y à pesar de sus desvios,
y de su trato severo,
el Reyno todo me amaba
leal, y con tanto extremo,
que llegò à tener embidia
yà su valeroso pecho?
Si entonces me daba pena
mirar su aborrecimiento,
yà estoy libre de sus iras,
y de la Corona dueño,
por lo qual esto no es
la causa de mi tormento:
Si el privado de mi padre,
Federico, es de mi afecto
la mas estimada prenda,
y està ausente, no por esso
ay razon para que un Rey,
por un vassallo, aunque bueno,
llevado de su cariño,
haga, por su ausencia, extremos:

Si la Duquesa de Mantua,
de su hermosura por dueño
me admitiò, y yo no me abraço
en sus divinos incendios,
no serà causa tampoco
deste ignorado veneno:
Si quando muriò mi padre,
con un cuidadoso afecto
me dixo: Alexandro mio,
Federico, à lo que entiendo,
aunque nunca fue casado,
un hijo tiene mancebo,
gallardo, y de ricas partes,
el qual prudente, y secreto,
criò fuera de la Corte,
que à su decoro atendiendo,
no se declarò jamás,
por ser el Conde un espejo,
en quien nunca viò vapor
el embidiòso, ni el cuerdo.
Llamase Carlos, y fio,
que haràs, pues yo te lo ruego,
que en el vea Federico,
si à sus servicios atiende:::
Este cuidado, tampoco
puede caular en el centro
del alma ningun cuidado,
pues yo à Federico quiero
de manera, que ha de ver,
que es dar con fineza el premio:
Y asì, en aquesta atencion
de mi padre, y su precepto,
no puede aver pena alguna,
por ser lo que mas deseo.

Sale Alifio.

Alif. Grandes novedades miro! ap.
el Rey està aqui. *Rey.* Què es esto?
Alifio, seais bien venido.

Alif. No cabe en mi entendimiento
el dár las nuevas que traygo,
con lo que passa en el Reyno:
y asì, Carlos Gran señor,
del Condestable heredero,
las diga en vueitra presencia,
si le concedeis primero,
por hijo de Federico,
la licencia para hacerlo.

Rey. Si en Napoles està Carlos,
como negársela puedo?

Salen

Salen Carlos, vestido de gala, y Pilon.

Carl. Si señor, y à vuestros pies.

Rey. Seràn mis brazos primero.

Carl. Si toco del Sol los rayos,
temerè abrafarme en ellos.

Pil. Si fois el Sol de la tierra,
con las plantas me contento.

Carl. Aparta, loco. Rey. No gozan
los Condestables del Reyno
con riesgo su ardiente esfera:

No sè que al mirarle siento! ap.

que me causa su persona,
al passo que amor, respeto,
y no sè que oculta causa
me templa el dolor al verlo.

Carl. Con tantas honras, señor,
muy bien atreverme puedo
à daros parte en mi pena,
para que pueda mi pecho
tener seguro el alivio
en tan grande sentimiento.

Despues que en Mantua dexò
efectuado el empleo

con vuestra esposa mi padre,
estando cercano el tiempo
de su venida, un cavallo
en una caza, sobervio
le despenò, à cuyo golpe
la columna, que el Imperio
sustentaba, diò la vida.

Rey. Valgame todo mi aliento!

Carl. Y al salir à daros parte,
supe como todo el Reyno,
por muerte del gran Rodulfo,
que pisa hermosos luceros,
vuestro triunfo Real celebra;
por cuya causa, depuelto
traygo el trage que pedia
el natural sentimiento,
Entre la ropa, y papeles,
que Alifio me diò, hallè un pliego
sellado, y su sobreescrito
para vuestro padre; y viendo,
que acaso puede importar
à la Corona el secreto,
à vuestros ojos le traygo,
pues vos solo podeis leerlo.
Y assimismo, gran señor,
pues han querido los Cielos

que logre vueltra presençia,
rendido os ofrezco à un tiempo
el pesame, y parabien
del triunfo, y del sentimiento,
de quien me ha cabido parte
tanta, que deciros puedo,
no senti de Federico
el lamentable suceso
tanto, como de mi Rey
eltoy aora sintiendo.

Esta es la carta. Dasela.

Rey. Moltrad,
y porque veais que agradezco
esse dolor igualmente,
os esseguro, y advierto,
que he sentido à Federico
de modo, que no prevengo,
si al morir el Rey, senti
el dolor que aora siento.

Abre la carta, y la lee èl para sí.

Alif. Lo que intenta Federico ap.
por ningun caso comprehendo;
pero à mi el obedecer
me toca, y guardar secreto.

Pil. Eite es el Rey? yo pensaba
que era algun Gigante fiero,
como el de Olias, à quien
diò la muerte el Rey Salmero.

Rey. Raro prodigio! yà hallè
de mi accidente el remedio; ap.
sin duda que el Condestable
fue padre mio, si advierto
tanto amor en Federico,
como en Rodulfo despegos:
ademàs, que es un retrato
Carlos del mismo Rey. Carl. Cielos,
en esta carta que traxe,
que hace el Rey tantos extremos?

Pil. Parece danza de monos,
que se explican con los gestos.

Rey. Y el templarse la trilleza, ap.
es evidente argumento
de aver hallado la causa
de mi mal, si confidero
à mi sangre, repugnando
lo soberano del puesto,
y que no repugna el darle
à Carlos el Solio Regio;
y mas quando Federico

fue

fue Vassallo tan atento,
 que no nació el Sol tan puro,
 como èl lo fue en su gobierno:
 Ademàs , que si èl quisiera
 fingir este engaño, es cierto,
 que no abrazàra mi sangre
 la nueva con tal folsiego;
 y asì, sin duda ninguna,
 eran su pecho , y mi pecho
 un relox , cuya lealtad,
 por saltarle, andaba inquieto.
 Descubriò el mal, y muriò,
 dexando su movimiento
 tan fin gobierno en el mio,
 que solo sienta folsiego,
 quando el remedio que èl tuvo
 admito por mi remedio:
 Y asì, pues mi noble sangre,
 de este ignorado tormento
 me avisa , le darè à Carlos
 la Corona; y sepa el Reyno,
 que no ay traycion sin malicia;
 porque si ay nobleza, es cierto,
 que no callarà su sangre
 el mas ignorado riesgo.
 Pero vamos poco à poco,
 que aunque todo es verdadero
 quanto he dicho, no es posible
 arrojarme à lo que intento;
 y asì, antes de casarme,
 con mas prudentes acuerdos
 examinarè si es Carlos
 digno del Solio Supremo.
 Y pues el Cielo conoce
 la intencion mia , le ruego,
 que si es suya la Corona,
 me descubra fundamentos
 mas claros , que los que toco,
 y conozca el Universo,
 que es la nobleza el crisol
 de virtud, lealtad, y exemplo:
 Elto ha de ser, llega, Carlos.

Carl. Què decis, señor?

Rey. Que vuelvo
 à darte otra vez los brazos,
 que he logrado gran festejo
 en aver visto esta carta.

Carl. Hasme tenido suspenso,
 que juzguè efecto contrario.

Rey. Y por pagar lo que debo
 à Federico tu padre,
 todos los honores Regios
 de que en la Corte gozaba,
 te los vuelvo à dâr, y quiero
 que tenga mi Monarquìa
 sobre tus hombros el peso,
 porque hijo de tal padre,
 es evidente argumento,
 que para empresas mayores
 avrà heredado el acierto.

Carl. No sabe, señor, la lengua,
 al vèr tan grandes excessos
 de amor, pronunciar respuesta;
 y asì, el agradecimiento,
 pues en palabras no cabe,
 explique por mi el silencio.

Pil. Y què le das à Pilon?

Rey. Eres tu Pilon? *Pil.* El mismo.

Rey. Gracioso nombre teneis.

Pil. Es de pila por lo menos:
 el caso fue, que mi madre,
 en el pilon de mi Pueblo
 estaba lavando un dia,
 era flaca de cerebro,
 (aunque no de beber agua)
 cayòsela el emboltero
 de la ropa, fue à cogerle,
 era el obillo travieso,
 y por cogerle , cayò
 de pies, y cabeza dentro.
 Estaba de mi preñada,
 y con el sulto, se abrieron
 las ventanas de mi casa,
 y salì con gran despejo
 entre las pares nadando,
 por cuya causa me dieron
 el gran nombre de Pilon.

Carl. Dirà dos mil embekcos,
 no hagais caso, que es un loco.

Rey. Que me divierte os confieso;
 di que te den cien escudos.

Pil. Quien, señor? *Rey.* El Tesorero.

Pil. Pues pidole à Dios que vivas
 tanto, como has de estâr muerto.

Rey. Alifio. *Alif.* Què es lo que mandas?

Rey. Pues yà, segun lo que advierto,
 oy llegarà la Duquesa
 de Mantua , preven , que luego

estèn

estèn postas prevenidas,
porque esta noche pretendo
con Carlos ir a Velllor:
Y à lo que veas, te advierto
no te des por entendido,
que te vâ la vida en ello.

Alif. Sin prevenirme, señor,
sè obedecer con secreto:
Vèn conmigo. *Pil.* No quisiera
que se añublâssen los ciento. *Vansf.*

Rey. Carlos. *Carl.* Señor.

Rey. Porque veas

lo que fio de tu ingenio,
y de tu lealtad, escucha.

Carl. Solo busco obedeceros.

Rey. Pues has de saber (no es trañes
tal caso) porque los Cielos,
para logro de mi dicha,
parece que te traxeron,
que aunque procuro casarme,
antes, amigo, pretendo,
saber si acaso la Reyna
me tiene amor verdadero,
que muger por conveniencias,
mas que amor, es cumplimiento,
y no ay concierto en el gusto,
quando es el gusto concierto:
que el interès, y el amor,
segun mi dictamen, sienten,
que raras veces se halla
que asiltan en un sugeto.
Por esta causa, fiado
en tu raro entendimiento,
de que yâ tengo noticia,
por primer cosa te advierto,
que partamos à Velllor,
trocandonos los sugetos;
tu te has de fingir el Rey,
yo Carlos fingirme tengo,
que la Duquesa no puede
venir en conocimiento
deste caso, porque yo
previne yâ a questo riesgo,
con decir à Federico
diessse tu retrato al tiempo
que avia de dâr el mio,
para que pudiesse luego,
averiguado, decir,
que el de su hijo por yerro

avia dado à la Duquesa:

Y yâ que ha querido el Cielo
que logre aquesta ocasion,
prevente, porque al momento
hemos de partir. *Carl.* Señor,
pues què consigues con esso?
no es fuerza que la Duquesa,
juzgando que soy el mesmo
de quien yâ tiene el retrato,
tenga gravada en el pecho
la copia, que por los ojos
le diò la ocasion, y el tiempo?

Rey. Puede ser, y si es assi,
saldre mejor con mi intento;
porque aunque ay otro motivo,
que à mi persona reservo,
no busco, Carlos, muger,
que tenga amor tan ligero,
que pueda un retrato solo
robarla el entendimiento;
porque es cosa averiguada,
que quien se rindiò tan presto
à la gala de un retrato,
con otro hiciera lo mesmo.
Què mal sabes mi designio! *ap.*
trazas son, que dà mi ingenio
sobre un aviso, que viene
de Federico en el pliego,
de aquel retrato de Carlos,
prevenido de remedio,
que diò en Mantua, por si acaso
el Rey previnieffe cuerdo
deshacer tan grande engaño;
de donde tambien sospecho,
que intentaba Federico
retirarse deste Reyno,
si la muerte no atajara,
segun juzgo, sus intentos.
Y assi digo, que no es justo,
que quien quiere darle un Reyno,
le empañe, ni aun con la vilita,
del honor el limpio espejo.

Carl. Y como quereis, señor,
que yo àl soberano dueño
reciba, siendo forzoso
los precisos cumplimientos
ofender vuestros oïdos,
siendo en tan preciso empeño,
decir la lengua lo mismo,

B

que

que destierra el pensamiento?
Rey. Eso, Carlos, no te toca,
 lo que toca, es hacerlo,
 que aunque es verdad que el honor
 es un purísimo espejo,
 que un breve aliento le empaña,
 sabrás esse breve aliento,
 si respirar quiere afuera,
 hacer que se vuelva adentro.
 Esto ha de ser, vamos, Carlos,
 que si apuro este suceso,
 que al Noble su sangre avisa,
 ha de ver el Universo.

*Vanse, y salen Diana Duquesa, Estrella
 Dama, y Flora.*

Est. Hermoso sitio, señora.

Dian. Agradable retrato de la Aurora;
 no vi cosa tan bella,
 esta es Vellor, y con razon, Estrella,
 tanto la celebraba el Condeitable.

Est. Republica de flores agradable:
 y no es del Rey? **Dian.** No sé que lo sea;
 mas aqui, à lo que entiendo, se recrea
 en sus melancolias,
 que aqui le dan tormento muchos dias
 con terribles rigores.

Sale el Conde Aurelio.

Cond. En este sitio de fragantes flores,
 donde la naturaleza,
 del arte ayudada, tiene
 divertidas las potencias,
 el cansancio del camino
 puede aliviar vuestra Alteza. *à Diana.*

Dian. Conde, venis divertido,
 que Diana es la Duquesa:
 su prima Estrella soy yo.

Aur. En Mantua la vi, y las señas,
 sin duda, tengo perdidas;
 perdone vuestra belleza
 el yerro de aver tenido
 por tanto Sol una Estrella.

Est. Yo quiero tanto à mi prima,
 que tomara ser Estrella,
 dexando de ser Diana,
 por verla con tal grandeza:
 Ay tan extraño capricho! *ap.*
 pero obedecer es fuerza.

Flor. Qué intentará mi señora
 con tal mudanza? **Dian.** Su Alteza,

Aurelio, tiene ordenado,
 que luego al punto se vuelvan
 à Mantua los que vinieron,
 supuesto que el Rey ordena,
 que en esta Quinta aguardemos
 su voluntad, mientras llega.

Aur. Haré al punto se execute,
 señora, con gran presteza;
 y de camino me parto *ap.*
 al Apenino, y quisiera
 llevar alas, porque el Rey
 saliese de sus tritezas;
 aunque no sé yo si Altolfo,
 aunque Alexandro le espera,
 querrá dexar de su estancia
 el gulto; pues cosa es cierta,
 que otras veces le ha llamado,
 y siempre el sabio se niega,
 aunque puede ser que aora,
 importunado, obedezca. *Vase.*

Est. Qué es lo que intentas, señora,
 con una cosa tan nueva,
 como hacer que vuestra esclava
 el Rey presume que es Reyna?

Flor. Tambien yo estoy admirada.

Dian. Escuchame un rato atenta.

Yà sabes, Estrella mia,
 que naciste en una Aldèa:
 vite yo entonces acafo,
 desamparada, y sujeta,
 por aver muerto tus padres,
 à la terrible inclemencia
 del tiempo; desto llevada,
 y de tu mucha belleza,
 yà sabes que te he tenido
 con secreto, y con cautela,
 porque mi tio (hà tyrano!)
 en ningun tiempo te viera
 favorecida de mi,
 pues su condicion opuesta
 à la mia, resultara
 en agrayio mi fineza.

Esto asentado, tambien
 sabes como mi prudencia,
 con nombre de prima mia,
 te ha traído; pues advierta
 tu admirable discrecion,
 que son prevenciones hechas
 con grande acuerdo, y no acafo,
 las

las que ves, y experimentas.
Tambien sabes, que he nacido
tan arrogante, y sobervia,
que antes perderè la vida,
que casarme, sin que vea
si el dueño que elijo tiene
igual la correspondencia;
porque Alexandro està triste,
ser tan tibia su fineza,
que no le debo un cariño,
dà muy claramente mueltra,
que le pesa de dexar,
lo que de tomar le pesa.
Esto lo sabrè mejor
haciendo tu la defecha;
y con aquelte capricho
verè si el Rey, quando llega,
se lleva de tu hermosura,
ò si descubre tibiezas,
que si adora en otra parte,
aunque dissimular quiera,
facil serà conocerlo.

Est. Pues como podrà mi lengua
decir finezas à un hombre,
que es logro de tu belleza,
y mas si acaço entendiendo,
que soy yo su esposa, llega
à rendirme el alvedrio,
es facil que luego pueda
borrar del alma una cosa,
que se imprime con tal fuerza?

Dian. Eflo es lo que yo deseo, *ap.*
mas yo saldè con mi empresa.
Ay, Estrella, que no sabes
donde me guia tu estrella!

Est. Digo, pues, que te obedezco,
aunque tan dudoso sea.

Dian. Tu retrato embiè à Alexandro,
porque he de hacer de manera,
que ha de conocer el mundo
si ay lealtad, donde ay nobleza.

Sale Alif. Yà por la posta ha llegado
el grande Alexandro. *Est.* Es fuerza
el salirle à recibir.

Salen Alexandro, y Carlos.

Carl. No sè què rara influencia *ap.*
se ha transformado en el alma,
que no me cabe en las venas,
no me parece que sinjo,

segun mi sangre me alienta:
mas què digo? estoy en mi?
Escusad la diligencia,
que quando el Alva pretende
recibir al Sol, yà llega,
porque sus rayos no dãn
lugar un punto de ausencia:
què peregrina muger!

Est. Què deidad tan manifiesta!

Rey. Parece que mi accidente
con lo que intento se templa.

Carl. Solo à mi dicha faltaba
lograr vuestra Real presencia:
yà me iba à despeñar. *ap.*

Est. Bien, señor, tanta fineza
os merece la que viene
à ser esclava, no Reyna:
Yo no sè lo que me digo: *ap.*
quien viò herida tan violenta!

Carl. Què es esto que me sucede? *ap.*

Dian. Todo el corazon me lleva, *ap.*
sin poderme resistir:
ò, si la suerte quisiera,
que fuesse este Cavallero
digno:: *Est.* Quien à vuestra Alteza,
señor, viene acompañando?

Carl. Muy bien su valor lo muestra:
es el Condestable, Carlos.

Dian. Yà es mas dichosa mi empresa.
Cielos, si el Conde està libre!

Rey. Aunque es bella la Duquesa, *ap.*
este ignorado prodigio
me suspende las potencias.

Carl. Quien à su Alteza acompaña?

Est. Señor, es mi prima Estrella.

Rey. Confieso que me ha rendido,
no resisto su influencia. *ap.*

Carl. Sin alma estoy! no lo dudo,
mas son mis armas de cera.

Est. Que no estoy en mi confieso! *ap.*
mas es de mi dueño prenda.

Carl. Conde, besadle la mano
à Diana. *Rey.* Quien pudiera,
fino es mi Rey, gran señora,
merecer tanta belleza?

Est. Y quien, fino su deidad,
vassallo en Carlos tuviera?
Merezca, señor, mi prima
besar vuestra mano, y tenga

parte en la dicha que gozo.
Carl. Si mereció ser Estrella
 de vuestro Sol, puede aver
 aplauso que no merezca?
Dian. En el nombre de Diana
 el parabien à su Alteza
 le doy de tan dulce empleo.
Carl. Ay si la verdad dixeras! *ap.*
Dian. Muy galàn es, pero el Conde
 me ha robado las potencias. *ap.*
Flor. Raras cosas estoy viendo! *ap.*
Sale Pil. Los cien escudos me cuestan
 venir dado à mil demonios;
 valgate el diablo por yegua,
 y qual me ha puelto los hueffos:
 dême los pies tu Grandeza,
 si quiere que se los glosse,
Rey. Quita, necio.
Flor. Sois Poeta?
Pil. Si lo soy, mas desgraciado,
 que quanto escrivo en mi Aldèa,
 si sale bueno, me dicen
 que lo hurto; y es la fiesta,
 que lo que no vale nada,
 aunque de otro ingenio sea,
 me lo atribuyen à mi,
 con que me dãn brava brega.
Flor. Pension es de los ingenios.
Pil. Y mas si el pobre Poeta
 no està bien acreditado;
 que si lo està, cosa es cierta,
 que suelen sus boberias
 passar plaza de sentencias.
Est. Preciso serà el descanso.
Carl. Vamos con vuestra licencia,
 que aunque me abrasen sus ojos, *ap.*
 no me han de herir sus centellas.
Est. Aunque me cerquen sus rayos,
 les he de hacer resistencia. *ap.*
Alex. No es mucho dexar el Sol,
 si figo aqueste Planeta. *ap.*
Dian. Si parezco bien à Carlos, *ap.*
 no es mi designio fineza.
Pil. Qué es esto? como, señor,
 todos te llaman Alteza?
Carl. Dissimula, porque importa.
Pil. Callarè como una piedra:
 la muchacha es como un oro,
 toco à embestir, que ay moneda.

Vanse entrando conforme van diciendo:
Rey. Para que conozca el mundo:::
Carl. Porque el universo sepa:::
Dian. Porque admiren las edades:::
Rey. Que su sangre al Noble alienta.
Carl. Que no ay amor si ay traycion.
Dian. Que ay lealtad, donde ay nobleza.
Est. Que sabrè morir callando.
Pil. Que si Dios no lo remedia,
 ò yo sueño lo que miro,
 ò todos no ven que sueñan.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Carlos, Astolfo, Alexandro, Aurelio
 Conde, y Pilon.

Rey. Este es Astolfo, señor,
 el ingenio à quien celebra
 el universo, por solo
 en la medicina excelsa.
 Este el Filósofo es,
 cuya peregrina ciencia,
 si de Hypocrates imagen,
 es traslado de Avicena.
 Este, à quien el Apenino
 diò à beber en sus riberas
 el desengaño en retiros,
 y el assombro en eloquencias.
 Este es quien viene à curar
 tantas ocultas tristezas
 como vuestra Magestad
 padece, y à quien venera
 por grande toda la Italia;
 y ha sido grande fineza
 no despreciar tu mandato,
 quien todo un mundo desprecia.
 Sus grandes melancolias
 no le dãn lugar que atienda
 à que aveis venido, Astolfo;
 pero al punto que lo advierta,
 hallareis en su persona
 Real la correspondencia.
Ast. Qué gallardo que es el Rey!
 desgracia es que no lo sea! *ap.*
 Señor, mucho sentimiento
 tiene el alma de las nuevas
 que me ha dado el Conde Aurelio
 de tan terrible dolencia:

dad-

dadme à besar vuestros pies.
Carl. Astolfo, à mis brazos llega;
 de todo estoy advertido, *ap.*
 aunque es tan grande mi pena,
 que no tiene semejante;
 solo con miraros cerea,
 si del todo no se quita,
 parece que se me temple:
 Yo he de perder el sentido *ap.*
 con lo que Alexandro intenta.
Astolf. Señor, essa es la aprehension,
 que como tiene su Alteza
 hecho concepto en el Alma,
 que le ha de curar mi ciencia,
 es tan poderoso el juicio
 del bien, ò mal que se espera,
 que hace efecto imaginado,
 como si la verdad fuera.
Pil. Y si no, sirva este cuento,
 como quien dice, de prueba.
 La madre de un gran Doctor
 cayò en Napoles enferma
 de una enfermedad, que nadie
 llegò à entender su fiereza.
 Los Medicos afamados
 fueron con gran diligencia
 à visitarla, cumpliendo
 la urbanidad que professan;
 y viendo tan grande achaque,
 poniendo en arcos las cejas,
 decretaron, que no avia
 en toda la humana ciencia
 remedio à tan grande mal.
 Pero replicò la vieja,
 mi hijo me ha de curar;
 y por dexarla contenta,
 recetò algunos remedios,
 y obraron de tal manera,
 que cobrò luego salud.
 Y del mismo mal la suegra
 del Doctor cayò al instante,
 y le negò la asistencia,
 diciendo: à mi madre es claro,
 que lo que la dexò buena
 no fue lo que recetè,
 sino el hallarla dispuesta
 de la fee que en mi tenia,
 con que ganè fama eterna;
 pero en mi señora es cierto,

que vâ volada mi ciencia,
 porque en su yerno jamàs
 tuvo fee ninguna suegra.
Carl. No ha sido la prueba mala.
Pil. Los mas fuegrittas lo aprueban.
Aur. Alexandro, señor mio,
 què transformacion es esta,
 que aunque venero el precepto,
 mi admiracion no folsiega?
Rey. Dissimula, Conde Aurelio,
 que no es ocacion aquesta:
 Señor, declara tus males.
Carl. Ay Diana, y quien pudiera::: *ap.*
Pil. Raro capricho el del Rey!
 y no avrà quien le comprehenda?
Carl. Son de calidad, Astolfo,
 los tormentos que me cercan,
 que temo que han de matarme
 si los pronuncia la lengua;
 quitòme la vida el Rey, *ap.*
 mas èl viva, aunque yo muera.
Astolf. Antes, señor, sin decirlos
 no cabe en humana ciencia,
 aplicar remedio alguno,
 porque es la facultad ciega.
Carl. Pues si esso ha de ser, escucha,
 dirè lo que el Rey ordena. *ap.*
Pil. Sin duda que los Doctores
 deben de hallar en las letras
 licencia para matar,
 porque matan con licencia.
Carl. Todo mi mal es tener
 una profunda tristeza:
 dirè lo que siente el Rey, *ap.*
 puelto que assi me lo ordena;
 un aborrecer el Trono,
 un morir con la grandeza,
 un sentir, que la Corona,
 si no me rinde, me pesa.
 Los triunfos me dan fastidio,
 fiero disgusto las fiestas;
 la Magestad està en mi,
 à pesar de mi prudencia,
 segun lo que yo conozco,
 como forzada, ò violenta,
 desde que muriò mi padre,
 que pisa montes de Estrellas,
 y yo tomè possession,
 como hijo de sus prendas,

empezò mi corazon
 à sentir tanta tormenta;
 por lo qual todo mi Reyno
 tiene de mi jutta quexa,
 viendo al passo que me amaban,
 ordenando su fineza
 regocijos à mi aplauso,
 que se los pago en ausencia.
 Por esta causa en Velflor
 se detiene la Duquesa,
 y por esta causa, Atolfo,
 te he pedido que vinieras,
 para que si tienes dicha
 de librarme de mis penas,
 te ponga yo, agradecido,
 mi Corona en la Cabeza.
 Yà has oïdo mi desdicha,
 y es la passion tan severa
 conmigo, que me es forzoso
 retirarme, donde pueda
 dâr alivio al corazon,
 porque en la carcel estrecha
 tiene las exalaciones
 detenidas, y violentas,
 y viendose en el retiro,
 las arroja, e las ausenta.
 Y assi, con Carlos podràs,
 pues yà has oïdo mis penas,
 consultar en los remedios,
 que piden con advertencia,
 que de todo quanto siento
 aun te darà mayor cuenta,
 por aver comunicado
 con èl mis ansias adversas.
 El es movil, que me rige,
 y aunque mi remedio sea
 algo menos de imposible,
 con èl, Astolfo, lo ordena,
 que remedio que passare
 por su mano, es cosa cierta,
 que harà el efecto que piden
 su lealtad, y tu fineza. *Vase.*
Rey. Què bien lo dispuso el Cielo!
 le dotò de gran prudencia.
Astolf. Digno de eterno renombre
 es el grande amor que os muestra.
Rey. Todo lo debe mi afecto.
Pil. De tan esttraña quimera,
 si no lo remedia Dios,

he de hacer una Comedia,
 por si acaso quiere el Cielo
 que à ninguna se parezca,
 porque si parece alguna,
 el desdichado Posta,
 por ladron de trazas, tiene
 mucho peligro à la oreja.
Rey. Aurelio, vè con el Rey.
Pil. El demonio que os entienda.
Rey. Vete, Pilon. *Pil.* Yà me voy:
 es esta Quinta Ginebra? *Vase.*
Aur. Hasta saber lo que admiro,
 confusa eitarà mi idèa. *Vase.*
Astolf. Què facil es el remedio,
 quando està tan manifesta
 la causa, que Federico
 me dixo; y què bien campèa
 en su sangre generosa
 tanta noble resiltencia!

Rey. Si conoce mi tormento,
 gravarè en bronce su ciencia.
Astolf. Condestable, yà que el Rey,
 como el efecto lo muestra,
 quiere que con vos declare
 del dolor que le atormenta
 la causa, el no averle oïdo
 lo atribuyo à providencia
 divina, porque es de modo,
 que no sè si me atreviera
 à decirla cara à cara;
 y aun es preciso os advierta,
 que os ha de admirar de fuerte
 lo que mi juicio penetra,
 que aveis de dâr por perdida
 sin duda su diligencia,
 porque no ha de creer el Rey
 lo que indican sus tristezas.

Rey. Pues Astolfo, has conocido
 de donde su mal proceda?

Astolf. Si mi ciencia no se engaña:::

Rey. Pues decidlo, no os detenga
 razon ninguna, que el Rey
 obrarà sin resiltencia
 quanto yo le propusiere.

Astolf. Mucho decis. *Rey.* Cosa es cierta.

Astolf. Pues escuchadme, *Rey.* *Rey.* Decid.

Astolf. Aunque no sabe mi ciencia
 su achaque, sin duda alguna
 la razon es manifesta

que

que Federico me dixo,
 porque tanta resiliencia
 es efecto de su sangre,
 esperanza ay en su pena.
 Carlos, del Rey el dolor
 me descubre claramente,
 que padece el accidente
 mas noble, y mas interior:
 sin duda que su valor,
 pues halla tan grave encuentro
 en la grandeza, y tan dentro
 me declara en tal estado,
 que pues no està sossegado,
 no debe de ser su centro.
 No agradarle la Corona,
 que tanto el mundo estimò,
 parece que no nació
 dueño della su persona;
 y esta misma accion pregona
 al resistir tanta Alteza,
 de su sangre la fineza,
 porque le avisa leal
 à su nobleza, del mal
 que marchita su nobleza.
 Y sabed, que pudo ser
 sucediesse algun fracaso
 al nacer, por cuyo caso
 le trocassen al nacer;
 porque tanto aborrecer
 la gloria del gobernar,
 solo, Carlos, se ha de hallar
 en una sangre eminente,
 que ignorando lo que siente,
 siente para no ignorar.
 Sin duda que ay heredada
 nobleza en su corazon,
 pues le avisa una traycion
 su misma sangre ignorada;
 porque no està bien hallada
 en el solio, es evidente,
 que allà tiene interiormente
 alguna causa divina,
 que avisandole, le inclina
 à sentir lo que no siente;
 este es todo mi sentir.

Rey. Esto es sobrenatural.

Astolf. De Alexandro es este el mal,
 y assi lo podreis decir.

Rey. Pues que podrá su persona

en este caso advertir?

Astolf. Qué ha de hacer? restituír
 à su dueño la Corona.

Rey. Pues cómo saber podrá
 si ay legitimo heredero?

Astolf. De su mismo achaque infiero,
 que sin duda vivo està,
 que su sangre no clamàra,
 si el sucesor no viviera,
 que por digno se sintiera
 sossegado, si faltàra.

Rey. Pues porque tu ingenio alabe,
 cómo podrá conocer
 al Rey? Astolf. Esto ha de correr
 por el Cielo, que lo sabe;
 quiera el Rey darle el Estado
 à su Rey, quando le vea,
 y dexé al Cielo que sea
 arbitro de su cuidado;
 y de aquesto la señal
 ha de ser, y la evidencia,
 que quando estè en su presència,
 se le ha de templar el mal:
 Quien te diera la razon ^{ap.}
 de que lo digo por ti!

Rey. Tan grande ciencia no vi!
 hablò con mi corazon:
 Astolf, à su Magestad
 dirè quanto has referido.

Astolf. Pues atendedle advertido,
 conocereis mi verdad,
 que della ha de ser mas prueba,
 Carlos, quando la digais
 al Rey, si acaso mirais
 que le dà gulto la nueva.

Rey. Qué bien, Carlos, mi desvelo
 se logra en vuestro favor, ^{ap.}
 pues que me paga mi amor
 con desengaños el Cielo!
 Y aunque baltà à mi lealtad
 el desengaño que he hallado,
 ha de buscar mi cuidado
 mas fineza à la verdad. ^{Vase.}

Astolf. Fuèlle; y pues solo he quedado,
 à Federico verè,
 segun que con èl tratè
 quando vino disfrazado;
 esta sin duda es la parte
 adonde tiene encubierta

de la mina oculta puerta
con maravilloso arte,
que en tiempo que el Rey vivia,
y aquette sitio ocupaba,
por esta gruta gozaba
de su Violante algun dia.
Hecha contraza notable
esta boca, corresponde
à otro jardin, adonde
està aora el Condeitable.
Segura traygo la seña,
no se me puede perder,
porque la puerta ha de ser
en medio de aquella peña:
Llamo, no venga Diana;

Llama con el pie, y muevese la peña.
yà el peñasco se movió,
que nada temo, fino
encontrar esta tyrana:
Escusaré estar con ella,
por librar à mi memoria
de acordarme de la historia
de mi desdichada Estrella.

Salen Estrella, y Carlos, cada uno por su parte; Carlos con un diamante, y Estrella con una flor.

Est. Amado pecho mio,
libertad deseada,
venturoso alvedrio,
possession siempre amada,
quien de tantas victorias te ha quitado
el laurèl generoso que has ganado?

Carl. Corazon generoso,
quietud apetecida,
apacible reposo,
aliento de la vida,
quien, los triunfos que labran tu corona,
en cadenas convierte, y te aprisiona?

Est. Mas no lo digais, dexadme,
que yà dicen en mi pecho,
renovadas las heridas,
que està presente su dueño.

Carl. Yà es escusado decirlo,
que las cicatrices siento,
por estar cerca la causa,
que se me aumentan de nuevo.

Est. Este es el Rey: ay de mi!
que le dirè, quando advierto
mucho riesgo si le miro,

y si no, el de mi precepto?

Carl. Cielos, esta es la Duquesa,
còmo podràn mis afectos
al dueño de mi alvedrio
poderla hablar sin ser dueño?

Est. Si de Diana es el Rey,
y es fino, y leal mi pecho,
como, si no es centro mio,
le miro como à mi centro?

Carl. El Rey aquette diamante,
que es de la firmeza exemplo,
me manda que dè à Diana,
porque nunca el pensamiento
preluma tibieza alguna
en el dilatado empleo.

Est. Esta flor es de la Reyna,
que me obliga con imperio,
que à Alexandro favorezca,
porque no imagine cuerdo
algo tibios los cariños:
deme mi valor esfuerzo.

Carl. Deme quien soy osadia.

Est. Huvo tan terrible empeño,
como buscar en las llamas
el huir de los incendios?

Carl. Huvo pena mas cruel,
como presentarme al fuego,
y que el riesgo de su furia
no me asegure del riesgo?

Est. Buelvome, pues no me ha visto.

Carl. Pues no me ha visto, me vuelvo.

Est. Ha, pesar de la obediencia!

Carl. Ha, rigor de mi precepto!

Est. Esto ha de ser. *Carl.* Esto importas
pero el Rey? *Est.* Pero mi dueño?
yo le llamo. *Carl.* Yo la llamo:
señora: : *Est.* Señor: : : yà, Cielos,
se rinde todo el valor!

Carl. No en valde, Reyna, salieron
oy tan fragantes las flores,
señora, si considero
la ventaja que conocen
en tan divinos luceros,
à la que del Sol reciben,
con la pension de que luego,
que les dà sus resplandores,
es tan escaso su esfuerzo,
que el tiempo mismo es testigo,
que les falta al mejor tiempo,

mas

mas vos no sois de essa fuerte,
 que vuestro esplendor excelso,
 no solo excede en belleza
 à esse Planeta sobervio,
 sino que sus luces bellas,
 firmes sus rayos serenos,
 ni el Ocaso los sepulta,
 ni los empeña el aliento:
 Que con sentir lo que digo *ap.*
 me es fuerza oír lo que siento!

Est. Vuestra Magestad perdone,
 que con su mismo argumento
 le tengo de responder,
 probando, que el lucimiento
 de las rosas, y las flores
 solo se debe à su imperio.
 Esta maquina florida,
 este terrestre gobierno,
 es imagen del Celeste,
 en cuyo Real firmamento,
 solo ay un Rey que gobierna,
 los demàs son los Luceros.
 Estos reciben la luz
 de sus brillantes reflexos,
 mendigando cada uno
 de su Rey el lucimiento.
 Vos sois Monarca del Mundo,
 de cuyo radiante fuego
 à todos comunicais
 resplandores; con que es cierto,
 que à vuestra vista las plantas
 reciban vida de nuevo.
 Y yo, que à vuestro favor,
 mas que nadie experimento,
 soy una Estrella que brillo
 mas entre Planetas vuestros;
 porque aunque mirais mis luces,
 estad, gran señor, muy cierto,
 que son los rayos prestados,
 por estarlos recibiendo
 de vuestra vista; y si faltan,
 como nacen de su centro,
 en el Ocaso yà dicho
 hallaràn su monumento:
 Yà me iba à despeñar. *ap.*

El Rey al paño, y al otro lado Diana.
ay. Carlos està aqui, encubierto
 le he de escuchar, que es Diana
 con quien està. *Dian.* Vèr pretendo

si està Estrella enamorada,
 pues he llegado à buen tiempo,
 que si lo està, se me logra
 mucho mas fino mi intento.

Carl. Este diamante::: *Est.* Esta flor:::

Carl. Serà seña::: *Est.* Serà espejo:::

Carl. De firmeza::: *Est.* En que veais:::

Carl. La voluntad. *Est.* De su dueño.

Carl. Yo no busco recompensa.

Est. Ni yo recompensa acepto.

Carl. Y o le doy sin interès.

Est. En recibirle me ofendo.

Carl. Ay, quien pudiera tomarle!

Est. Quien le diera el alma en trueco!

Carl. Pero primero es mi Rey.

Est. Es la Duquesa primero;

en dár la flor foy mandada,
 mas en tomarle la ofendo.

Carl. Recibir favor no es justo,

en dár la joya obedezco.

Est. Ser del Rey favorecida,

es de la Reyna desprecio.

Carl. Favorecerme Diana,
 del Rey ofendo el respeto.

Est. Luego no puedo tomarle?

Carl. Luego tomarla no puedo?

Yo os doy aqueste diamante,

mas ha de ser con pretexto

de no recibir la flor,

porque yo aqui no pretendo

saber vuestra voluntad,

que solo, señora, atiendo,

que la mia conozcais:

y por mostrarla, os ofrezco

aquesta muestra, por ser

de tanta firmeza exemplo.

Est. Yo al daros aquesta flor

os imito en el intento,

que si no quereis saber

el debido amor que os tengo

al recibirla, fiado

en la lealtad de mi pecho,

y lo teneis por fineza;

què razon ay, quando veo,

que de la fee haciendo alarde,

sacrificais el trofeo,

que no muestre el querer mas,

quando yo no os amo menos?

Rey. Que no reciba la flor *ap.*

C

de

de fino, leal, y atento!

Dian. Que el diamante no reciba, *ap.*
per no empañar el respeto!

Rey. O sangre, y como me avisas!

Dian. O Real decoro, y Regio!

Carl. Recibid, señora, vos
el diamante; quede, os ruego,
la flor en vuestra hermosura,
que mejor está en su centro.

Est. La flor aveis de tomar,
y aquese rayo de fuego
no salga de vuestra esfera,
que en mi corre su luz riesgo.

Dian. Harè que tome el diamante.

Sale Carl. Solo tiene este remedio:
ea, venza yo, tomad.

Est. Vos me enseñais à venceros.

Dian. Diana, señora mia. *Rey.* Alexandro.

Carl. A què buen tiempo,
Condeltable, aveis venido!

Est. Què à medida del deseo
has venido; Estrella mia,
porque el Rey, y yo tenemos
una porfia amorosa,
que la ha de vencer tu ingenio.

Carl. Es la question, Carlos mio,
de modo, que no prevengo
hallar remedio à la duda,
si no me dais el remedio.

Est. En señal de la obediencia,
que he de tener à mi dueño,
le ofrecia aquella flor.

Carl. Y yo, de firmeza exemplo,
este diamante ofrecia.

Est. Pero dandola, no acepto
dativa al presente alguna,
que es mi amor tan verdadero,
que un atomo de interès
empeña su lucimiento.

Carl. Yo figo la razon misma,
y nos hallamos à un tiempo
despreciados los favores,
y rendidos los afectos.

Est. Y assi tu, Estrella, pues eres
el archivo donde tengo
el mayor tesoro mio,
con gran cuidado te advierto,
que me guardes esta flor,
para quando llegue el tiempo,

que la reciba Alexandro,
como esposo, y como dueño.

Carl. Yo, Carlos, lo propio digo,
vos sois de mi entendimiento
la parte mas estimada;
y pues que tanto os contemplo,
este rayo, dedicado
à los divinos incendios
de Diana, le guardad,
hasta, que como dice, el tiempo
llegue que se le ofrezcais,
como prenda, que en su centro
deposita la firmeza,
que rinde un Rey à su Cielo.

Dian. Perdonadme, prima mia,
que aunque mas quiera tu ingenio,
en no tomar el diamante,
mostrar mas fino el afecto,
essa color no le quita
à lo que trae el despego,

Rey. Aunque no tomar la flor
sea un encarecimiento
digno de vuestra grandeza,
es menester mucho esfuerzo
para quitarle al desayre
las dudas que trae de serlo;
y assi, bien podeis tomarla.

Dian. Y assi, Diana, te ruego,
que recibas el diamante.

Carl. Hallò salida mi ingenio. *ap.*

Est. De aquesta suerte saldrè *ap.*
con el laurel que pretendo.

Carl. Yo me rindo à vuestro gusto,
y assi, tomando el consejo
de Carlos, que para amarnos
ha sido norte, obedezco
vuestra voluntad, tomando
la flor. *Est.* Yo digo lo mismo,
pues el diamante recibo,
mas ha de ser con pretexto
de que me le guarde Estrella;
porque aunque yo le respeto,
hasta veros desposado,
no me mirarè en su espejo.

Carl. Pues yo de la misma suerte
este peñalcho de fuego
en Carlos le deposito,
para que quando el Imperio
los desposorios celebre,

sea

sea Carlos el primero,
que con aqueita señal
dè à entender al Universo,
que pudo tanto conmigo
la firmeza de mi aliento,
que no bastò tanto amor
à empenar tanto respeto.

Rey. Rara lealtad! *Est.* Ay de mi!

Dian. Aun lo que miro no creo!

Carl. Voyme con vuestra licencia,
para que disponga el Reyno
en Napoles vuestra entrada,
que de la muerte el successo
de mi padre, ha sido causa
la suspension; y así os ruego,
que lo que es Regio decoro,
no atribuyas à despego:

Ya no puedo resistir, *ap.*
que es poderoso guerrero
con el que lucho, y conozco
que yà me falta el aliento!

Est. No es, mi voluntad, señor,
yà mia, y así no puedo
acciones de vuestro gusto
juzgarlas, pues solo debo,
sin examinar designios,
venerarlas por aciertos:

Sin alma voy. *Carl.* Yo sin vida.

Est. Muriò mi valor, y esfuerzo.

Carl. Huyendo voy del peligro. *vas.*

Est. Aun no he de sanar huyendo. *vas.*

Rey. Yo premiarè tu fineza. *ap.*

Dia. Tu lealtad sabrà el Imperio. *ap.*

Mirad, Carlos, que esta flor
es prenda::: *Rey.* Yà yo lo entiendo.

Dian. De Diana. *Rey.* Yà lo sè:
pues què me dices con esto?

Dian. Que mireis mucho por ella.

Rey. Pues como dudare hacerlo,
siendo prenda de Diana,
y favor de mi Rey siendo?
Mas si este lazo divino
fuera de vos, en el centro
del alma le recibiera.

Dian. Yo, que à Diana venero
tanto como à mi, aseguro,
que si conozco el aprecio
que haceis de la flor, que sea
grande el reconocimiento.

Rey. Pues si es la flor de Diana,

como podran mis alientos
estimarla como agena?

Dian. Mi dicha consiste en esso.

Rey. Amar ageno favor,
puede el favor mereceros?

Dian. Si, que es prenda de Diana.

Rey. Vive Dios, que no os entiendo.

Dian. No basta que yo me entienda?

Rey. Si en esso os sirvo, yo ofrezco
sacrificarme à este lazo,
aunque siempre con respeto,
porque es el favor del Rey.

Dian. Pues me amais? *Rey.* Con el silencio
solo me puedo explicar,
que con la lengua no puedo;
pero mirad, que el diamante,
que en vos es corto lucero,
es de Alexandro. *Dian.* Què importa?

Rey. Es, que si en rendir mi afecto
en esta flor os agrada,
amad el diamante os ruego,
porque solo esso serà
de mis ansias dulce premio.

Dia. No sabeis que es de Alexandro?

Rey. Mi dicha consiste en esso.

Dian. Amar ageno favor,
puede el favor mereceros?

Rey. Si, que es prenda de Alexandro.

Dian. Digo, que yo no os entiendo.

Rey. No basta que yo me entienda?

Dian. Si en esso os sirvo, yo ofrezco
sacrificarme à la joya,
aunque siempre con respeto,
porque es favor de la Reyna.

Rey. Pues me amais? *Dian.* Con el silencio
solo me puedo explicar,
que con la lengua no puedo.
Ay, Estrella, que por ti *ap.*
me gano, quanto me pierdo!

Rey. Ay, Carlos, que por servirte, *ap.*
es mas para mi, lo menos!
Quedad con Dios, que algun dia
sabreis si es fino mi pecho.

Dian. Idos, Carlos, que esse dia
quien estima mas veremos:
Seràs firme? *Rey.* Es el diamante
de cera para mi afecto:

Y vos lo serèis? *Dian.* La vida
me falte si no he de serlo.

Abrese la puerta de la mina, y salen Astolfo,
y Federico debaxo del tablado, por
donde se hundió Astolfo.

Astolf. Elto, Conde, ha pasado.

Fed. Así le dais alivio à mi cuidado.

Astolf. Pues sus rayos Apolo
ha retratado yà, y el jardin solo
està, puedes gozar de su frescura.

Fed. No fue poca ventura,
(ò Astolfo peregrino!)
no conocerme Aurelio en el camino,
con que lo disfrazado
me valiò, y el venir siempre apartado:
O si quisiera el Cielo,
que te pueda pagar tanto desvelo,
como tienes por mi! mas tu tristeza
se le debe à tu sangre, y tu nobleza.

En fin, q. mi Alexandro te ha agradado?

Astolf. Quien eres, su persona me ha mostrado;
Carlos es valeroso,
mas es el Alexandro mas brioso.

Fed. Carlos es mas galan, sin duda alguna,
ò si no baraxará su fortuna;
mas pues el Rey murió, con tu persona
juzgo que le he de ver con su Corona.

Astolf. El pliego le diò Carlos à tu hijo.

Fed. Porq. no falte à ser quien es me affijo.

Astolf. No te affijas, folsiega el desconuelo,
que el Cielo mira, y es piadoto el Cielo:
Y con tu licencia aora

me voy, por si el Rey atento
me llama para sus males,
para que no me eche menos;
à Dios. Fed. El vaya contigo;

y pues sabes el secreto
de la mina, siempre puedes
entrar, que Alifio està dentro
prevenido, por si llamas,
pues ves el raro instrumento
que tiene, porque ninguno
pueda jamás conocerlo,
y así te aguardará siempre.

Astolf. Dios te logre tus intentos, vase.

Sale Pilon, y en una reja que avrá en el jardin,
se assoma Flora, y hace seña con un pañuelo.

Pil. Sin duda, que esta es la reja,
segun la seña que hicieron.

Flor. Es Pilon? Pil. Y tan de azucar,
que te serè de provecho,

si te quieres conservar.

Flor. Cien años ha que te espero.

Pil. O Flora del alma mia!

gracias amor que te veo,
que algo avian de poder
feis mil papeles de versos.

Fed. Gente ha entrado en el jardin,
irme à la mina no puedo
sin ser sentido: estos ramos
me defiendan encubierto.

Flor. No he podido resistirme
de venirme à ver, sabiendo,
que merece mucho mas
un hombre de tanto ingenio.

Pil. La verdad es que lo soy,
y es grande seña de serlo
ver, que hablar un disparate
me cuesta grande tormento.

Fed. Este es Pilon, escucharle
divierte mi pensamiento;
es un rayo, tambien tiene
su poco de galanteo.

Flor. Pues yo, Pilon, soy muger,
que no me pago de aquellos
que tienen gran voluntad,
y muy poco entendimiento:
Busco yo un hombre que sea
galan, valiente, y discreto,
que hombre bobo, para nada
no es posible que sea bueno,
porque le falta de alma,
lo que le sobra de cuerpo.

Pil. Esto buscas? Pues escucha,
y verás que tu deseo
jamás pudo apetecer
mas digno, y dichoso empleo,
como el que miras. Flor. Por qué?

Flor. Yo no soy Poeta? Flor. Es cierto,
pero que lo seas, ò no,
qué se puede sacar de esto?

Pil. Qué se saca? pese à mi alma!
pues no es constante, que en serlo
consilte que sea galan,
que sea valiente, y discreto?
Ay Poeta que no haga,
aunque se lo niegue el Cielo,
todas sus prendas perfectas,
como le pinta el cerebro?

No hace las manos de nieve,

no

no hace de oro los cabellos,
 no son rosas sus mexillas,
 no es alabastro su cuello?
 pues has de poder hallar
 mas cabal ningun sugeto?
 Y en quanto à la valentia,
 ay quien iguale en esfuerzo
 à su valor, quando està
 una batalla escribiendo?
 Verasle assaltar castillos,
 cortar mallas, rajar yelmos,
 vencer guerras, dar batallas
 en desatios, y en cercos.
 Allí le veràs dexar
 un toro cosido al suelo,
 acà venciendo un gigante,
 allà de heridas cubierto.
 Aquí derribando un Turco,
 acà sugetando un Reyno;
 allí entre el humo, y el polvo,
 aqui entre la sangre, y fuego.
 Allí cercado de flechas,
 aqui acosado de perros,
 allí le prenden rendido,
 aqui se escapa sobervio.

Flor. Tente, Pilon, has perdido
 el Juicio? *Pil.* Nada es aquello
 para el valor que professan.

Flor. Effeno no es valor, que es viento.

Pil. Todo es de la mesma suerte;
 y digo, Flora, su ingenio
 ay quien pueda competirle?

Flor. Effeno conocerè, viendo
 que le haces de repente
 à mi hermosura un bosquejo.

Fed. Ay raco mas fazonado!

Pil. Si le harè, y ha de ser nuevo,
 que no he de pintarte yo
 al uso de aquestos tiempos.

Por què, dime, he de llamar
 hebras de oro à tus cabellos,
 quando sabe todo el mundo,
 que son raices de muertos?

Por què dirè à tu cabeza
 lo que dixò el otro necio,
 que era un archivo de ciencias,
 si es toda cascòs, y sessòs?

Por què he de entrar en tu frente
 à pintarla, conociendo,

que tiene tantas entradas,
 que no he de salir, si entro?
 Què harè con llamar tus ojos
 etrellas, rayos, luceros,
 si al cabo son piel delgada,
 agua clara, sangre, y pelos?
 Llamar rosas tus mexillas,
 no es disparate, sabiendo,
 que en quitando la color,
 es un poco de pellejo?

Huvo tan gran desatino,
 como querer un ingenio,
 que la nariz de su dama
 fuesse el Monte Pyrineo,

que entrè la Francia, y España
 divide nevado Puerto,
 quando sabia que era
 chimenea del infierno

donde el tabaco vendia,
 humo, polvo, barro, y cieno?

Y dime, Flora, tu boca
 es caja de algun platero,
 que la ha de quaxar de perlas,
 puesto que todos sabemos,

que ay dentro de ella una lengua,
 tabas, encias, y huesos?

Y dime: por què razon
 quieres que diga, que hicieron
 torneada tu garganta,
 llamandola martil terso,

que al beber se transparenta,
 si has de conocer que miento,
 pues sabes que se compone
 de cogote, y de pescuezo,

y què es la calle del trago,
 y la puente del sustento?

Sale el Rey. Què apacible està el jardin!

Pil. Gente viene, yo despejo:
 à Dios, Flora, que otra vez
 acabarè tu bosquejo. *Vase.*

Flor. Vete muy en hora mala
 con tu retrato al Infierno. *Vase.*

Rey. Parece que siento ruido,
 mas puede ser que sea el viento.

Fed. Este es mi hijo Alexandro.

Rey. Quando han de querer los Cielos
 que halle un fixo desengaño
 para logro del deseo?

Ay, Carlos, lo que me debes!

Fed.

Fed. No alcanzò, como està lexos,
à penetrar lo que dice,
y aunque està obscuro, no puedo
irme sin que sea sentido,
porque los arboles secos
tienen por lengua las hojas,
que me han de hacer descubierto;
pero por aquesta parte::

Tropieza, y se buelve à esconder.

Rey. Quien està aquí? *Fed.* Yo soy muerto
si me descubre Alexandro.

Rey. Diga quien es, ò este azero
abrirà boca, por donde
descubra tanto silencio.

Fed. Huvo tan grande desdicha!
mas ya diò salida al Cielo.

Rey. Ola, luces: no responde?

Fed. No es engaño lo que intento,
fino ultimo camino,
que hallè para tanto riesgo.

Rey. Diga quien es. *Fed.* Si diria::
Và andando àzia la mina poco à poco.

Rey. Valgame todo el esfuerzo!

Fed. Tu padre soy, Alexandro,
en este sitio padezco,
el por què, yà tu lo sabes,
buelvele à Carlos su Reyno,
y me bolveràs à ver
feliz, alegre, y contento. *Hundesè.*

Rey. Padre::

Sale Pilon con una hacha encendida.

Pil. Señor, ya las luces::

Rey. Valgame Dios! que es aquesto?
si es ilusion lo que he vilto?
si es fantasma lo que advierto?

Pil. Quien, señor, ha sido:: *Rey.* A parta
si fue verdad? si fue sueño?
sin duda fue fantasia,
porque no sentir el pecho
ningun horror, es señal,
muy evidente de serlo.
Mas como puede engañarme?
no conocí sus acentos,
no vi el bulto penetrarse
por essa peña, diciendo,
y me bolveràs à ver
feliz, alegre, y contento?
Este no es gran desengaño?
podré encontrarle mas cierto?

Si, que aqueste puede ser
fantastico sentimiento:
otro aviso he de esperar,
aguardar otra vez tengo;
y si buelve, verà el mundo,
cumpliendo con lo que debo,
que su sangre al Noble avisa,
para que assombre su exemplo.

Pil. Y verà el mundo tambien,
que segun lo que estoy viendo,
no ay locos en todo el mundo,
como Alexandro, y mi dueño.

JORNADA TERCERA.

Salen Carlos, y Pilon.

Carl. Dexame, Pilon, morir,
que ya veo conjurados
contra mi todos los Cielos
yà de esse Planeta quarto
se despiden rigorosos
tanto diluvio de rayos,
que un Etna soy encendido,
que le buelvo los que exalo.

Pil. Señor (esto vâ perdido!)
què tienes:: *Carl.* Ay Alexandro!
ay Dianal ay mi desdicha!

Pil. Todo su juicio ha volado:
Carlos, señor, dueño mio.

Carl. Ay, Pilon, que no soy Carlos!

Pil. No eres Carlos? pues quien eres?

Carl. El hombre mas desgraciado
que conociò el Universo,
pues el tormento que passo,
es de modo, que no tiene,
fino muriendo, descanso,
y assi dexame morir.

Pil. Señor, ay nuevos encantos,
que assi te obliguenè què tienes?
no te fias de un criado?

Carl. Nada reservè de ti,
y assi, aunque tu ingenio raro
no puede en esta ocasion
ser, como en otras, al caso,
previniendote que sabes
el capricho de Alexandro,
sin que yo pueda entender
sus intentos soberanos,
escuchame, por si puedo,
à pesar de mi cuidado,
hallar diciendo la causa,

la muerte por el atajo.

Pil. Por atajo morir quieres?
pues no miras que el atajo
es donde fundò Narvaez
de la destreza el amparo?

Carl. Esta mañana, Pilon,
por esse polligo falso,
que à las riberas conduce,
por breve senda de ramos,
si no del Pò caudaloso,
de mas ameno retrato,
inducio del calor,
tan demañana fui al baño,
que aun el Sol no daba señas
de comunicar sus rayos,
en un sitio de esmeraldas,
hermosa estancia del Mayo,
tan bien texido, que apenas
regiltrar dexa su espacio,
formè tienda de campaña,
cuyo pavellon de ramos,
fue de tantas confusiones,
y tanto rigor teatro.

La musica de las aves
la venida festejaron
del Alva, que esta vez quiso
en una carroza al campo
darle nuevos resplandores,
y embidia à la que aguardaron.

A media tinta la luz
huìa el Planeta gallardo,
comunicando à las flores,
y como tarde llegaron
sus rayos, viendo otro Sol,
sin poder disimularlo,
se le puso de corrido
todo el semblante encamado.

Llegò la carroza al rio,
y despues que los cavallos
quitò el cochero, y dexò
seguro el terrestre barco,
fali del agua, haciendo
celosias de los ramos,
logrè la mayor ventura
que vieron ojos humanos.

De entre las cortinas bellas
salì un prodigio tan raro
de hermosura, que imagino,
que à no tener deslumbrado

con su viitta mi discurso,
fuera arrojò temerario
pintarla, y el no tenerle,
es la disculpa que hallo
de arrojarne à conseguirlo;
porque en esta emprella hallo,
que discurrido el intento,
no pudiera del espanto.

Era una dama: ay de mi!
y dos que la acompañaron
comienzan à despojarla,
y amor la ocaion logrando,
iba en su aljaba poniendo
todo quanto iban quitando.

Del proprio cayrèl defatan
todo un Abril, todo un Mayo,
cuyo aparador de flores
dio fragancia à todo el campo:
y de advertencia las damas
la despojan de los lazos,
que los llevaba de mas,
con tanto asombro de rayos.

Para componer el pelo,
tal vez no ponìa manos
en las trenzas, si azucenas;
mas no dixè bien, quaxados
de cristal jazmines eran:
intento, en fin, soberano,
aunque su nieve no pudo
apagar incendio tanto.

Una media-mascarilla,
à pesar de su recato,
me diò licencia que viesse
en un bruñido alabastro
un clavel, que si le abria,
eran los tesoros tantos,
que descubria en su centro,
que es advertencia el dexarlos,
por no ofender lo divino
con un borrador humano.

Al despojarla un juttillo,
que cerraban seis penachos,
alamares de diamantes,
descubriò el bello milagro
la candidèz de la nieve,
pero como se encontraron
los ampos, y los luceros,
archeros son del recato,
por defenderla disparan

tan

tanto diluvio de rayos,
 que peligrara la vista,
 à no ser su intento en vano,
 pues ya yo estaba sin ella
 quando las flechas llegaron.
 Y mirandose tan bella
 en los cristalinos campos,
 dixo: guardense los hombres;
 cubriose, y passo al calzado:
 aqui no tuve que ver,
 porque aunque los ojos, argos
 del deseo, procuraban
 hallar los pies, era en vano,
 que mas que la vista eran
 fútiles, y no ay hallarlos.
 De alabastro un cendal cubre
 el prodigio mas gallardo,
 que puede fingir la idèa;
 y viendose con recato
 en brazos de las dos damas,
 llegò al rio à darle abrazos,
 y el parece agradecido,
 que la dixo: estoy ufano,
 madre de amor, pues que veo
 que no se te avrà olvidado,
 que de mis blancas espumas
 fuiste venturoso parto.
 Luego de los Ruiseñores
 alabanzas se escucharon,
 celebrando su belleza,
 y me dieron tal assalto
 con el acorde harmonia,
 que como estaba mirando
 tanta hermosura rendido,
 y era tan suave el canto,
 si dura mas, me convierto
 en viva estatua de marmol.
 Saliò del agua, y entonces
 las dos Ninfas la esperaron
 en un cambray, que fue concha,
 adonde el Alva llorando
 nectares, perlas lloviò
 por gozar el agassajo.
 Fue servida del vestido,
 y me pareció escusado
 ofrecerse las damas;
 porque si amor la juzgaron,
 por què vedan lo desnudo,
 si conceden lo vendado?

Hicieron señal, y al punto
 que vinieron los cavallos,
 parte el coche, yo le figo,
 sin duda alguna juzgando
 era este bello prodigio
 de los muchos que han llegado
 à partir con la Duquesa
 à Napoles, y reparo
 era su misma carroza.
 Veola entrar en Palacio,
 y con cautela regitro
 quanto passa: voy al quarto
 de Diana, y conosci
 fer la que vide en el baño,
 la que me quitò la vida,
 la que rendido idolatro,
 la que no puedo servir,
 por ser prenda de Alexandro,
 la que miro como à Reyna,
 la que venero, notando,
 que serà esposa de un Rey,
 y que yo soy su vassallo.
 Este es, Pilon, mi tormento,
 pues no basta averme dado
 la muerte la vez primera
 que la vi, sino los Astros,
 siempre para mi crueles,
 con nueva ocasion me han dado
 motivo para que muera,
 ò viva desesperado.

Pil. Rigurosa es la ocasion
 para aumentar tus cuidados,
 porque ver::: quiero callar,
 que para estarte escuchando,
 es menester mucha cuenta,
 para que no coma el diablo.

Carl. Ay de mi! *Pil.* Mira, señor,
 porque veas al contrario
 tu suceso con el mio,
 has de saber, que buscando
 alguna ocasion de ver
 à Flora, por quien me abraço,
 en un cancel me escondi,
 que tiene puelto en su quarto,
 tan ajuttado con el,
 que era figura su espacio:
 Quería yo ver mi dueño
 à un candil de garabato,
 andar à caza de pulgas,

que

que fuera grande regalo,
que tambien tiene el candil
su estimacion en Palacio:

Carl. Quieres callar. *Pil.* Oye, pues,
que tiene razon el caso.

Era ya la media noche,
al tiempo que oygo unos passos,
como quando algun pison
asienta algun empedrado:

y entendiendo ver à Flora,
padeçi terrible engaño,
porque venia una dueña
en dos chapines tan altos,
que dudè si este demonio
venia à acostarse en zancos.

Colgò un candil, y cerrò,
y luego se fue quitando
una pieza de mortajas;

y así que llegò à los paños
menores, yo no sè como
no echè las tripas de asco.

Descubriò un costal de tabas,
y dixo medio llorando:

Que aya quedado tal,
despues de tantos regalos!

Vèn acá, tritte de ti,
vieja de todos los diablos,
què cuenta has de dar à Dios
de aver vivido cien años

sirviendo aquella fantasma,
sabiendo que no ay Christiano,

que no haga penitencia
alguna por sus pecados?

O, si permitiera Dios,
que aora viniera Malco,

y me diera en esta cara
una bofetada, quanto

me alegràra! Jesus mio,
por vuestro amor lo pasàra.

Ea, mi Dios, permitidlo,
merezca yo sentir algo

de lo que vos padecistes:
no me escuchais? con quien hablo?

en fin, quereis que me acuelte
sin esta merced? pues vamos

à dormir en el Señor.

Apenas lo dixo, quando
la doy tan gran bofetada,

que fueron, señor, rodando,
vieja, chapines, bufete,

velador, y garabato.

La Dueña, buelta en Leon,

decia à voces: Borracho,

en los infiernos lo penes,

perro, traydor, fayonazo;

señor, yo tengo la culpa,

mas no lo digo por tanto.

Carl. Que siépre has de hablar de burlas,

Pil. Si, mas son burlas de manos,

Carl. Dexame solo, Pilon,

y trae de escribir recado,

que he discurrido que es bien

dar un papel à Alexandro,

pidiendole que me dè

licencia para de tantos

laberintos retirarme,

porque en su presencia hallo,

que no he de poder pedirla.

Pil. Señor, dixo un Cort esano,

que el que mira un imposible,

y muere por alcanzarlo,

ò tiene un poco de loco,

ò mucho de mentecato.

Aqui està la escrivania,

yo voy à saber si acaso

se la ha quitado à mi dueña

la pesadumbre con Malco.

*Sientase Carlos en una silla, que estará
junto à un bufete.*

Carl. No es acertado escribir,

padezca yo, y Alexandro

no conozca en mi flaqueza,

y mas que haria reparo

en ello, pues era fuerza

conocer prudente, y sabio

la ocasion de mi retiro.

Rendido eltoy, ocupados

de la pena mis sentidos,

parece buscan descanso

en el sueño: ay imposible!

como sin vos he de hallarlo?

Duermese, y sale Flora.

Flora. Este es el quarto del Rey,

y por mandado de Estrella

le traygo aqueste papel:

ò, ruego al Cielo, que pueda

darfele, sin que Diana

por ningun caso lo entienda!

El secreto me encargò,

temerosa de la Reyna,

D

Y

y yo se le he de guardar,
 que no son todas parleras,
 las que firven, aunque siempre
 las mas deste mal flaquean.
 No ay nadie en toda la quadra,
 vana fue mi diligencia;
 pero no, que en una filla
 el Rey està, lleço cerca;
 mas si no me engaño, duerme,
 el despertarle no fuera
 acertado; yo le pongo
 aqui el papel, porque pueda
 leerle quando despierte,
 que en su mano es cosa cierta,
 que le dexo bien seguro,
 porque no avrà quien se atreva
 à quitarle: Fui dichosa
 en hacer la diligencia. *Vase.*

Sale el Rey por otra puerta.

Rey. No he vilto en todo oy à Carlos,
 y mi corazon se quexa
 de ingrato, quando padece
 un breve instante de ausencia:
 Que estava, dixo Pilon,
 para escrivirme con pena,
 para mi un papel, sin duda
 que retirarse desea
 del empeño en que le he puesto,
 por ignorar èl mi empresa.
 Dormido està, no parece
 que padece las tormentas,
 que tengo en mi corazon,
 pues tan gustoso sossiega.
 Ya tiene escrito, pues miro,
 que cerrado el papel, muestra,
 que es para mi el sobre-escrito:
 su intento embiarme era,
 y por no aver quien le lleve,
 se durmiò con la tristeza.

Quitase el sombrero, y arrodillase.

Carlos, señor, dueño mio,
 no ay en ocasion como esta
 menor criado que yo;
 y si aguardais à quien pueda
 darsele à Alexandro, aqui
 tiene, señor, vuestra Alteza
 quien adelanta rendido,
 preceptos que no le ordenas;
 que pues en lance como este
 no resiste la obediencia,

sin duda es mi Rey, pues hallo
 alivio en solo tenerla.

Yo le abro: mas que miro!
 aqui firma la Duquesa
 de Mantua; que es esto, Cielos!

yo me engañe, porque ella
 le tiene por Alexandro;

ò, quanto un acaso yerra!

Pues como, si està en su mano,
 cerrado estava? que apriessa
 me avisa mi noble sangre
 de su pecho la fineza!

Claro es, que no estar abierto,

fue una noble resistencia,

muy debida al real decoro,

que este caso manifesta;

porque si abierto le hallara,

era dar à las sospechas

de poca lealtad indicios,

y en èl no caben ofensas;

pues no abrirle fue lealtad,

fue respeto, fue grandeza,

fue valor, fue discrecion,

y fue finalmente prueba

de ser su sangre un cristal,

que lo Real manifesta.

Verdad es, que yo pretendo,

que ame à Diana bella;

mas esto, como èl lo ignora,

aunque muera de sus flechas,

està mostrando su sangre

quien es en la resistencia;

y así, con sola esta accion,

averiguado que tenga

amor à Diana, es digno

de la Corona suprema.

Buelvo à cerrar el papel,

que por ser de la Duquesa,

aun fuera en mi mas delito,

que en Carlos, si le leyera.

Como tan recien cerrado,

aun no se rasgò la nema:

buelvo à dexarle en su mano,

corrida el alma, que tenga

color de ofensa una cosa,

que se hizo sin ofensa.

Verè encubierto, si Carlos

descubre algunas centellas,

quando despierte de amor,

que se logra en conocerlas

el cariño más ayroso,
mas gultosa la fineza:
Yà despertè.

Encubierto.

Carl. Qué fantasmas
he soñado? qué quimeras?
sobre que miraba yo,
que la Corona suprema
de Alexandro, mi señor,
adornaba mi cabeza!
que terrible defatino!
antes mil veces yo muera.

Rey. Ha, hijo del gran Rodulfo,
que bien descubres sus prendas!
Esso que miras en sueños
has de ver en evidencias.

Carl. Pero qué papel es este?
Pilon puede ser que sea
autor de aqueste embeleco,
algo pide su agudeza.
Alexandro dice, quiero
abrirle; pero qué fuera
que le embiasse Diana?
yà por sola esta sospecha
fuera traycion el abrirle:
Y así, pues dicen sus letras,
que es para Alexandro, yo
se le he de dar à su Alteza,
y sea de quien se fuere.

Rey. Huvo tan clara evidencial
lo que yo avia presumido
ordenò el Cielo que vea,
dormido se le traxeron,
segun el caso demuestra.

Carl. Verdad es, que el Rey me diò
la muerte en ver à la Reyna,
mas no la ofendan mis ojos,
que no importa que yo muera.
Rendido estoy, es verdad;
pero antes que se atreva
mi vista à mirar al Sol,
empeñando su pureza,
me darè mil veces muerte.
Oy pedirè al Rey licencia
para retirarme, donde
jamàs mire à la Duquesa,
aunque si està ya en el alma,
el huir què me aprovecha,
si donde quiera que vaya,
la he de llevar dentro de ella?
Ay, Diana! ay, Alexandro!

Rey. Carlos. *Carl.* Señor, V. Alteza
me dè los pies. *Rey.* Son los brazos
aun para vos corta esfera:
què teneis, que me llamais?

Carl. Señor, no es mucho que tenga
à vuestro nombre en los labios,
que estan en el alma impressas,
las mercedes que me haceis,
y à faltar la Real presència,
todo es decir, Alexandro
es alma de mis potencias.

Rey. Bien dissimula; es papel? *ap.*

Carl. No he sabido cuyo sea,
para quien es el lo dice,
vuestra Magestad le lea.

Rey. Aunque dice aqui Alexandro,
es para vos; no ay quien sepa
que fois Carlos: ea, abridle,
y parece que la letra
es de muger; no le abris?
què haceis? no rompeis la nema?

Carl. Señor, como he de atreverme,
si fuesse de la Duquesa?

Rey. Qué importa, si yo os lo mando?

Carl. Solo puede la obediencia
obligarme, gran señor,
à leerle. La Duquesa:
estais aora contento?
serà bien que yo le lea?

Rey. Si lo estoy; leedle, pues.

Carl. Pues dice de esta manera;
por venerar sus designios, *ap.*
no los culpo de imprudencia.

Lee. A Napoles, por casarme,
vine, y pido à vuestra Alteza
me buelva à Mantua, que yo
soy forzada en esta empresa:
Perdonadme el desengaño,
que es mi fuerte tan adversa,
que aunque yo os quiero querer,
ella no quiere que os quiera.
Otro amor, señor, os llama,
intentele su grandeza;
porque le aguarda Diana,
solo para ser Estrella.
Esso que dice de fuyo,
conocerà, quando vea,
que muda de parecer,
si ay lealtad en la nobleza.

Rey. Mylterioso està el papel, *ap.*

Dz

lo

lo que penetro concuerda
con lo que me dixo à mi
estando con la Duquesa,
de que no podia amar
al Rey; sin duda son queexas,
viendo en Carlos lo remiso:
delta fuerte se remedia.

Carl. Y què hemos de hacer aora?
señor, dexa lo que intentas,
pues dice que no me quiere,
bien claramente lo muestra:
No mirais que me aborrece?
declaraos, dad licencia
que yo la diga à Diana
quien soy. *Rey.* Suspended la lengua;
antes ordeno, que al punto
bolvais cariñoso à verla,
y la deis satisfacciones
no tibias, sino de veras.
Haced cuenta que sois Rey,
presto passará esta fuerza,
que antes que acabe su curso
oy esse quarto Planeta,
veréis este laberinto
sin confusion, sin tinieblas,
Esta experiencia me falta,
haced la ultima fineza,
porque aveis de conocer,
que aunque os pongo en la tormenta,
à lo mucho que debeis
no aveis de hallar recompensa. *vase.*

Carl. A lo mucho que debeis
no aveis de hallar recompensa?
claro està que no he de hallarla,
que son muy cortas las fuerzas
de un vassallo, y quanto hiciere,
nada es paga, sino deuda.
Bolverè à ver à Diana
con amor, y reverencia,
que he de vencer por mi Rey
tanto harpon, y tanta flecha.

*Vase, y canta dentro una voz, y sale por
una puerta Estrella, y por otra Astolfo,
con un pañuelo, que se pondrà en los
ojos à su tiempo.*

Cant. El valeroso Guillermo,
honor, y amparo de Mantua,
derrotado, y mal herido
se sale de la batalla.

Estrell. Siempre que escucho esta historia

se me parten las entrañas!

Astolf. Ay de mi! què es lo que escucho?
yà noto quan señalada
fue mi tragedia, pues veo,
que en otro Reyno se canta!

Cant. Huyendo de su enemigo
lleno de mortales ansias,
le despeñò al Apenino,
dando fin à sus desgracias.

Estrell. Què dolor! viven los Cielos,
que si en el lance me hallàra,
que como leona, à quien
los cachorrillos la faltan,
y viendo que en todo el monte
hallar no puede la causa
de su dolor, herizando
la rubia melena, arranca
los arboles, que à su furia
son aristas delicadas;
así yo en el homicida,
Belona de la campaña,
hiciera tan grande extremo,
que diera assumpto à la fama,
à que en broncees esculpiera
mi valor, y la venganza.

Astolf. Es verdad que el Apenino
me recibì, mas sus aguas
fueron sagrado à mi vida;
pero tercera vez cantan.

Cant. Y à la fin ventura Estrella,
por hija deste Monarca,
la può el cruel Rugero
el cuchillo à la garganta.

Ast. Ay dulce, y querida hija! *Lloraa*
veinte años ha que me faltas,
y otros tantos ha que estàs
dando tormento en el alma!
Jardinero, no profigas.

Estrell. Villano, no cantes, calla.

Astolf. Pues quien sois, señora mia,
que puede esta historia amarga
causaros tan gran disgusto?

Estrell. No conocéis à Diana?

Astol. Valgame Dios! y aun por esso
la diò disgusto escucharla,
que no quiere su delito
oir nadie cara à cara.
No quiero mirarla al rostro,
que puede ser que al mirarla
retrato de mi enemigo,

dè el ultimo aliento el alma.
Perdonad, Duquesa ilustre:
ilustre dixè? se engaña *ap.*
la lengua: el no conoceros. *de rodillas.*

Estrell. O, què venerables canas!
levantad: sois vos Altolfo,
à quien celebra la fama?

Astolf. El mismo soy. *Est.* Pues decid:

Astolf. Temblando eltoy de mirarla.

Estrell. Què teneis con éssa hiltoria,
que tanto dolor os causa?

Astolf. Què tengo? aver conocido
à Guillermo en sus desgracias;
fui compañero en sus males,
y quedòme tan gravada
en el corazon su pena,
que lloro en solo escucharla.

Estrell. A Guillermo conociste,
cuyas ilustres hazañas
aun no ha podido la embidia
del cruel Rugero borrarlas?
Tu aquel varon conociste,
à quien, sin ninguna causa,
le quitaron la Corona,
y con la vida, la fama?
Tu fuisse su amigo acaso?
pues como, dime, te tardas
en pedirme que te dè,
padre, en albricias el alma?

Astol. En albricias? Pues, señora,
no has dicho que eres Diana?

Est. Es verdad. *Astol.* Pues si lo eres,
la Magestad como engaña?
Rugero no es vuestro tío,
quien al gran Duque de Mantua
le despojò de su Reyno,
diò muerte à toda su casa,
matò todos sus parciales,
alterò todas sus plazas,
hizo que se despeñasse,
y dando fin à su rabia,
matò la luz de una Estrella,
heredera de su casa? *Llora.*

Est. Tanto lloras? *Astol.* Y aun es poco
dar la vida, si repara
mi atencion, en que mostrais
que os pesa de sus desgracias,
quando miro de Rugero,
que sois una viva estampa,
y que teneis heredado

el nombre de ser tyrana.
Yà lo dixè, la razon
me diò lugar à templanza:
mas què miro! Cielo santo, *ap.*
en el rostro de Diana
veo elampado el de Estrella,
si las señas no me faltan.

Est. No sè que tiene en el rostro, *ap.*
que aunque arrojado me habla,
sin atender à la ofensa,
me enternecen sus palabras.
Respondo por la Duquesa,
que su virtud soberana
le respondiera lo mismo,
si en este lance se hallàra,
como notè muchas veces,
tratando este caso en Mantua.
Altolfo, no puede ser,
que aunque es Rugero mi tío,
que tenga yo mi alvedrio
libre de su proceder;
en mi es preciso tener
parte alguna en su traycion?
No puede mi corazon,
viendo tan grande fiereza,
obrar como su nobleza,
y dexar su inclinacion?
Y por esso no es Diana
en su imperio soberano,
aunque se le diò un tyrano,
como aveis dicho, tyrana;
es apacible, y humana,
y vereis esta verdad,
en que viendo la amittad
que con Guillermo has tenido,
os afrece agradecido
su pecho la Magestad.

Astol. De dos cosas admirado
estoy, quando aqui os assitos:
la una, de averos visto,
y el averos escuchado.
En veros miro un traslado,
que es de Guillermo teltigo,
y en escucharos consigo,
que si mi amigo viviera,
en vuestra Magestad viera
una hija, y un amigo.
Una hija, que fue Estrella,
que el gran Principe perdiò,
que niãa conoci yo,

y os parecis mucho à ella:
amigo hallàra , pues bella
descubris vuestro valor,
pues que sentis el rigor
de tanta adversa fortuna;
y así, sin duda ninguna,
se halla todo en vuestro amor.

Estrell. Que en efecto conociste
à Estrella? *Astolf.* La conocí;
siendo muy niña la vi.

Estr. Y donde, Astolfo, la viste?

Ast. En Palacio; ay de mi triste!

Estr. Y à mi se pareció Estrella?

Ast. Fue por extremo muy bella.

Estr. Mucho me dà que entender
no saber quien me dió el ser, *ap.*
y ser parecida à ella.

Si acaso el Cielo guardó
mi vida? mas es quimera,
aunque no lo dudo mucho
del aliento que me lleva.

Si la virtud de Diana
acaso ::: que te despeñas,
imaginacion, detente,
pues que te tiro la rienda.

A Astolfo verè despacio,
porque miro en su presencia
una deidad ignorada,
à quien mi atencion respeta.

Astolfo, bolved à verme,
porque quiere mi grandeza
tratar con vos muchas cosas. *vaf.*

Ast. No he de poder, aunque quiera,
dexar de serviros siempre.
Bolvióme el alma de cera,
no dudàra ser mi hija,
si no la hallàra Duquesa:
Confuso estoy de aver visto,
que se parezca à mi Estrella,
si no es, que se me han borrado
de su hermosura las señas.

Quiero ver à Federico,
pues solo con darle cuenta
de lo que passa, le templo
algo el rigor de sus penas,
y aun de las mias tambien,
pues de la mina tan cerca
estoy; pero Carlos viene,
encubrirme serà fuerza
detràs de aquellos jazmines,

mientras passa. *Sale Alex.* Ya desea
mi corazon ver à Carlos,
que conozca mis finezas.

Aqui fue donde mi padre,
si no me engañó la idea,
se me apareció en las sombras,
y no he de hallar aunque quiera,
avisos mas evidentes,
pues aunque yo no tuviera
mas defengaño, que verme
sin el rigor de mis penas,
me baltarà solamente.

Ast. Qué es lo que Carlos intenta?
sin duda que sabe el sitio
de la mina, pues en ella
se ha parado; pero escucho,
que està confusa la idea,
hasta saber qué pretende,
porque yo no sé que sepa
que tiene à su padre vivo.

Alex. O si los Cielos quisieran,
que Federico bolviessè!

Ast. No penetro lo que intèta. *Al Federico.*
Debaxo Alifio. Llega, Astolfo,
que la mina està dispuesta.

Alex. Cicios, qué es esto que escucho?

Ast. Que soy yo sin duda pienso.

Alex. Astolfo, aguarda, que es esto?

Ast. Salir aqui serà fuerza,
y declararle el secreto,
pues no ay riesgo en que lo sepa
Carlos? *Alex.* Confuso me hallais.

Ast. No sé yo, Carlos, quien sea
el que tiene de los dos
mas confusion, quando llegan
à mis oidos las voces
de estar en vuestra presencia:
à Federico llamas?

Alex. Es tan terrible la pena
de su muerte, que en estando
solo, el amor que me alienta,
todo es decir: Federico:
Dissimulo; y de essa pena *ap.*
oi una voz, que me dixo:
Llega, Astolfo, que dispuesta
la boca està de la mina,
y el alma duda qué sea.

Ast. Vuestro padre no fue el Conde?

Alex. Así el alma lo confiesa.

Ast. Pues si os criasteis con él,

la

La mina no se os acuerda,
que tiene aqueste jardin?

Alex. Nunca me diò parte della.

Ast. Pues mirad, no esteis confuso,
nada, Carlos, os suspenda.
Federico vuestro padre
no murió, porque le encierra
esta gruta, desde el dia
que se publicò la nueva
de mi venida, porque
regido de mi prudencia,
llegò desde el Apenino,
adonde por su nobleza
èl se avia retirado;
y aquella carta secreta,
que vos disteis à Alexandro,
fue para Rodolfo, y esta
declaraba como sois
de la Corona suprema
de Napoles successor;
y por esta razon mesma
os dixè yo de Alexandro
la causa de sus tristezas,
porque ya avia Federico
dadome de todo cuenta.

Alex. Pues como, saber pretendo,
de la Corona suprema
puedo ser yo el heredero?

Astolf. No os dixè, si se os acuerda,
qué os trocaron al nacer?
y en la carta daba cuenta
de todo al Rey, Federico,
y jamàs del se supiera;
pero como murió el Rey,
y quedò su hijo, intenta,
ayudado de mi indultria,
ver si la grande nobleza
de Alexandro, restituye
la Corona à tu cabeza.

Alex. Huvo tan gran desengaño! *ap.*
Y esta mina adonde llega,
que nunca à mi quiso el Conde
decirmelo? *Astolf.* Tiene hechas
debaxa hermosas estancias.

Alex. Pues para que mejor pueda
lograr mi padre su intento,
si acaso tiene otra puerta
la mina, llama à mi padre.

Ast. Pues qué es, Carlos, lo que intentas?

Alex. Y à lo sabràs, que he de hacer,

que todos los Orbes sepan
el valor de Federico.

Astolf. Pues voy, con vuestra licencia,
por la otra puerta à llamarle. *vase.*

Alex. Sabrà el mundo mi nobleza.
Raro caso! Vive Dios,
que fue, con toda evidencia,
mi padre el que la otra noche
se valiò de la cautela
de difunto, porque así
no conocerle pudiera.

Sale Aurel. Qué haces, señor, desta suerte,
quando la flor de tu Reyno
à las puertas de la Quinta,
à pesar de tu precepto,
quieren entrar? *Sale Carlos.* Alexandro,
de Mantua todo el Imperio
està poblando los campos,
à grandes voces diciendo,
que donde està su Duquesa,
porque como se bolvieron
sin verla casar, sospechan
algun contrario suceso,
y así mira lo que intentas.

Sale Pil. Cuerpo de Christo, qué hacemos?
à toda Vellor nos cercan,
que presumen que te has buuelto
Minotauro, como estàs
en el laberinto puestos.

Sale Dian. Vuestra Magestad, señor,
Hablando con Carlos.
como prudente, y tan cuerdo,
remedie estos alborotos.

Alex. Abra se la Quinta, Aurelio.
Y Diana donde està?

Sale Estr. Confusa en ver tanto estruendo.

Alex. Entre Napoles, y Mantua.

Carl. Lo que estos dicen te advierto.

Dent. Hable Carlos por nosotros,
diga que se quexa el Reyno
de que no ven de su Rey
la Magestad, y el Imperio.

Carl. Esto es, señor, que desean,
logrando tu casamiento,
verte en publico gultoso.

Dian. Qué escucho? valgáme el Cielos!
luego Carlos no es el Rey?

Alex. Oídme todos atentos.
Napolitanos valientes,
de la triteza mi exceso



nacia de que no era
de vuestra corona dueño;
hijo soy de Federico,
elto lo sé por muy cierto:
Carlos es vuestro Monarca,
del gran Rodolfo heredero;
por acaso nos trocaron,
cuyo admirable suceso
sabreis en Napoles todos;
y así, yo soy el primero
que la obediencia le doy.

Carl. Dudando estoy lo que advierto.

Alex. Decid todos: viva Carlos.

Aur. Quien ha de dudar de hacerlo,
si fois el interesado?

y así, diga todo el Reyno:
Viva Carlos. Todos. Viva Carlos.

Estr. Yá murió todo mi aliento!

Alex. Ea, gran señor, aora
conocéis mis intentos.

Dian. Huvo tan grande prodigio!

Pil. Parece casa de Griegos.

Estr. Como vuestra Magestad
no se declara? teneos,
porque yo no soy la Reyna.

Dian. Si lo es, oide atentos

Pil. Yá escampa, y llovan ladrillos.

Dian. Mantuanos Cavalleros,
y Napolitanos nobles,
Alexandro, cuyo esfuerzo
con esta accion ha dexado
cautivo mi entendimiento;
yo soy la misma Diana,
sobrina del cruel Rugero,
que tyranizó el Estado
al infelice Guillermo:
mató todos sus parciales:

Ast. Qué escucho? Valgame el Cielos!

Dian. Y aviendole dado muerte,
buscò rabioso, y sediento,
para quitarle la vida,
al prodigio que estais viendo.
Esta es Estrella, Mantuanos,
hija del grande Guillermo,
que la guardò mi lealtad
para bolverla su Reyno.

Astol. No me engañò à mi la vista.

Fed. Como no mata el contento?

Estr. Es de tal suerte la dicha,
que yá no cabe en el pecho.

Alex. Aun falta mas. *Aur.* Pues qué falta?

Alex. Que falga à vista del Pueblo
mi padre, el gran Condestable,
pues se retirò, temiendo
no le costasse la vida
revelar este secreto,
como testigo de vista,
por ser el autor del truco.

Sale Federico. Así es la verdad, yo
fui la causa del suceso,
que por dar gusto à mi à Rey,
sin prudencia, y sin acuerdo,
causè el yerro que mirais,
con fin tan dichoso, y bueno;
mas aun falta otro prodigio,
y es, que el Principe Guillermo,
Duque de Mantua, està vivo,
dadle la obediencia luego,
pues la còcedes à Estrella. *Tod.* Si damos.

Sale Astol. Pues yá Guillermo
està presente, vassallos,
que veinte años encubierto
estuve en el Apenino,
hasta que quiso el decreto
de Dios, que el gran Federico
fuesse norte à mis aciertos.

Estr. Ay padre del alma mia!

Astolf. Ay hija de mis deseos!

Feder. Ay hijo, flor de lealtad!

Alex. Ay padre, de quien la heredo!

Carl. Por un Reyno que me dais,
os quiero dar otro Reyno;
Mantua es ya vuestra, Alexandro;
de Diana dulce empleo,
aunque fuera poco un mundo,
Alexandro, à lo que os debo.

Dian. El Estado que dexè,
me dà mejerado el Cielo.

Carl. Dichosa la Monarquía,
que tiene vassallos buenos!
Estrella, aquesta es mi mano;

Estr. Y la mia, dulce dueño.

Alex. Yo se la doy à Diana.

Dian. De mi lealtad es el premio.

Pil. Yo tambien caso con Flora.

Carl. A Napolas, Cavalleros.

Pil. Y Thomàs Manuel aqui,
si le perdonais sus yerros,
que al Noble su sangre avisa,
dirà al mundo, para exemplo.

HOY

LLAS COI

JUGARLA DEI

AMOR PUEDE M

LLAS FONCA

LARS FOLG

WOK BUEDE M

TEC A TRAGUT

COO I SIALI

YOH
HOK